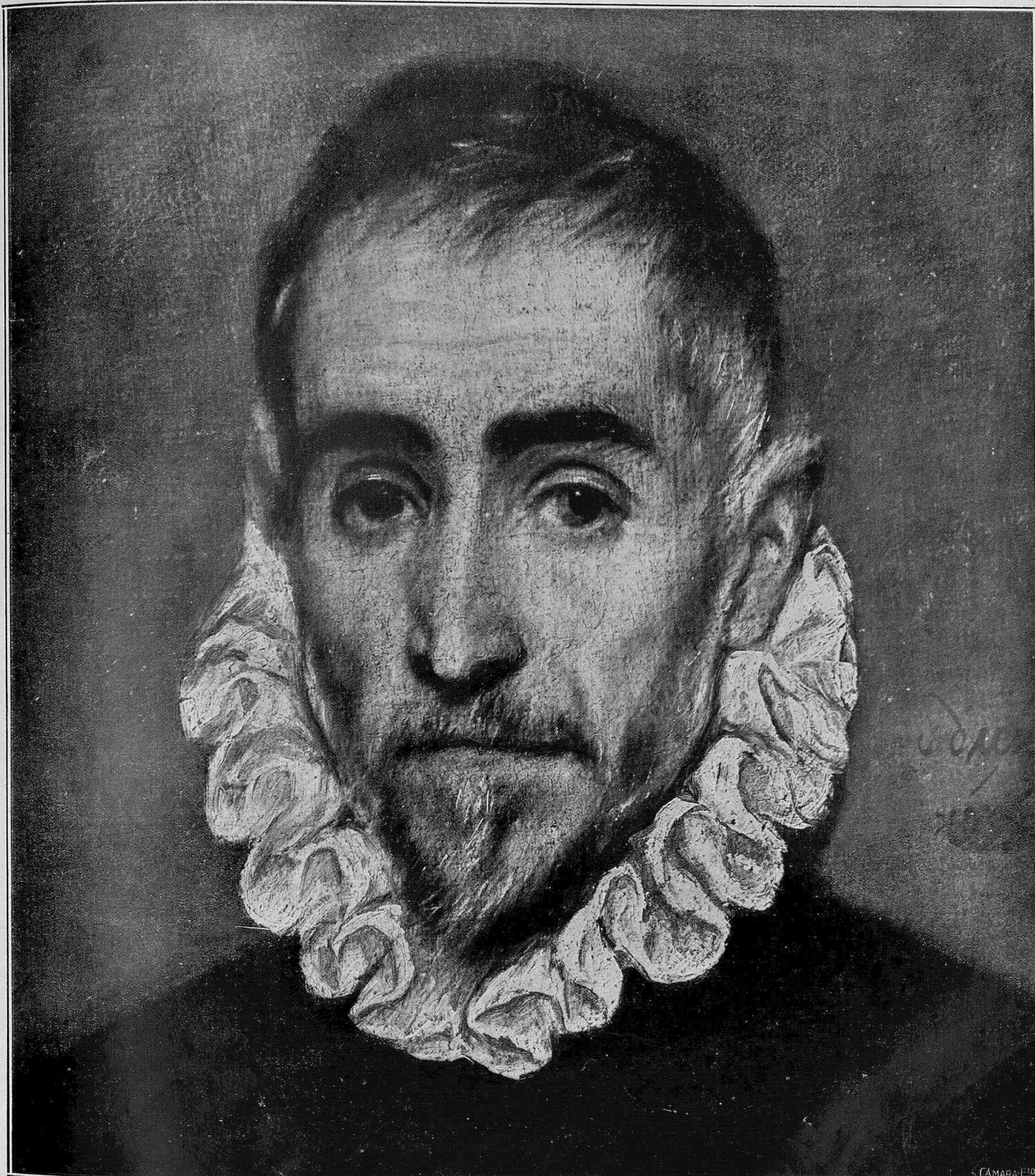


La Esfera

27 Mayo 1916

Año III.—Núm. 126

ILUSTRACION MUNDIAL



RETRATO DE UN DESCONOCIDO, cuadro de "El Greco"

ATENEODE
BIBLIOTECA
MADRID

DE LA VIDA QUE PASA



Detalle de la fachada principal del Congreso de los Diputados

FOT. CAMPÚA

El gran Casino nacional

YA está abierto el hospitalario y seductor casino nacional. En invierno se respira allí, en los escaños ó en los divanes rojos del Salón de Conferencias, un ambiente plácido y tibio. Quien disfrute á conciencia la voluptuosidad del lugar está perdido, porque en política triunfan los que se sientan poco. Pero ahora está mucho más confortable aún, tanto que sólo habrá en Madrid tres ó cuatro iglesias que rivalicen con él. La frescura de aquellas amplias estancias, de aquellos pasillos espaciosos con sus losas de mármol blanco, sólo puede encontrarse en ciertas sacristías y en algunos viejos palacios señoriales. Luego, para contrarrestar el exceso de solemnidad, que en verano es más molesto, que nunca están aquellos asientos de rejilla tan á tono con el chaleco blanco y el sombrero de paja.

Creo que no habrá falta de respeto en la comparación. Como palacio de la representación nacional y como casino, el Congreso tiene un carácter pintoresco que debe apreciarse muy bien desde la tribuna de diplomáticos, sobre todo cuando la Cámara pierde el tiempo en esos gárrulos debates, tan españoles como la lotería y como los toros. Alguna vez se duda, sin embargo, de que las Cortes representen de veras tal como deban representarla hoy la situación de España. Moral é intelectualmente—dicen los parlamentarios—España se refleja en sus Cortes. Los más pesimistas creen que si hay alguna diferencia no es en favor del pueblo, sino en contra, porque, al fin y al cabo, el régimen representativo significa una selección. ¡Qué obra tan curiosa, para el porvenir, la que estudiase de qué manera se retrata á España en el salón de sesiones del Congreso! Todos los estudios

de ateneo sobre oligarquía y caciquismo no hacen sino dar ligera idea del sistema. Lo interesante sería ir viendo qué género de hombres asumen, por vocación y por educación, la representación nacional, de qué manera se encarna en ellos la voluntad de sus distritos y cómo al llegar al centro común en que han de desenvolver su carrera política, van adaptándose al medio y acomodándose á las costumbres que encontraron ya hechas. De esta manera iría determinándose si las Cortes son algo que varía al mismo tiempo que cambian el espíritu, las circunstancias y la cultura de la nación ó si son algo permanente, consolidado ya, y por lo tanto algo que puede quedarse atrás del resto del país.

Yo creo que desde la tribuna diplomática se puede ver muy bien dónde está el retraso.

La vida material ha recibido ya un impulso de fuera, y viendo España desde sus ferrocarriles, desde sus hoteles, sus grandes ciudades, sus puertos, sus industrias, nos imaginamos un grado de progreso que no aparece en los discursos de las Cortes. ¿Por qué? ¿Es que el Congreso necesita representar también á la parte muerta y estancada de las regiones más incultas, á los pueblos que viven aún en plena Edad Media? Quizá lo más exacto sería imaginar la vida política como una transacción entre esa España muerta y la España del porvenir. Pero aun prescindiendo de esa ley forzosa que amarra las Cortes por un vergonzoso cordón umbilical, tienen los organismos legislativos un carácter propio, á tono con su decorado y con sus reglamentos, un carácter de fines de siglo XIX. Es imposible prescindir de cierto aire de casino local, con hábitos locales, que excluyen toda

extravagancia, todo exceso de personalidad y especialmente toda innovación.

Aún no ha pasado el tiempo de los grandilocuentes párrafos. Aún no ha terminado el período de lucha formulista, la lucha por el procedimiento. En cambio, este Congreso no da apenas valor al trabajo de las comisiones, le suspende cuando se suspenden las sesiones, considera casi como un absurdo que el diputado, individualmente, haga uso del derecho de presentar proposiciones de ley como no sea para fines políticos.

Sin duda que hay en España medios inferiores al del salón de conferencias del Congreso, y si esto sirve de satisfacción á los parlamentarios, allá ellos. Pero sería preciso dar mucha más intensidad á la labor de las Cortes para ponerla al nivel del ímpetu con que comienza á surgir la España que va siguiendo el movimiento de Europa. Si no lo intentan, quedarán las Cortes como institución antediluviana, como un mastodonte prehistórico que será preciso derribar para que no estorbe. Cuando acabe la guerra ha de notarse en el mundo entero la necesidad de vivir deprisa, de hacer, crear, improvisar... Todo lo que hoy es fórmula, vago deseo de organización, de ordenación rigurosa y técnica tendrá el derecho de ser llevado á la práctica, porque el pueblo que no lo haga desaparecerá. Entonces las Cortes deberán ponerse al frente de esa tarea, ya que no lo han hecho en circunstancias ordinarias, en período de paz, ni tampoco han sabido intentarlo ahora, cuando podrían hacerlo, ya que la guerra no llega hasta nosotros. De otra manera, su misión se reducirá á seguir siendo el más hospitalario y el más agradable casino social.

Luis BELLO

MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

VII

Los atractivos de Roma son de tal intensidad, que el viajero impaciente no tendría consuelo si partiera sin ver y admirar el Foro, los Arcos de Tito y de Septimio Severo, la Tribuna en que pronunció Cicerón sus inmortales arengas, el Palatino, aglomeración de gloriosas ruinas; el Coliseo, cuya magnitud aterradora se destaca sobre todo el caserío de la antigua y moderna Roma; la Columna Trajana en el Foro del mismo nombre; las Termas de Caracalla; el Panteón, monumento que parece transportado de la vieja á la nueva ciudad...

Memoria mía: estamos lucidos tú y yo. Por tu descuido no puedo contestar á mis lectores que me preguntan el lugar donde Bruto y Casio mataron á Julio César.

—El descuidado eres tú; pues antes de andar por estos barrios de ruinas pasamos por el palacio de la Vicaría, y allí te dije: «Aquí estaba el Senado, que no tenía lugar propio, y se reunía en un teatro de antemano designado por la República. El teatro ha desaparecido, y no existe otro recuerdo del lugar trágico que un cartelito fijado arbitrariamente en la pared de un edificio vulgar».

—Ya vuelvo á mi acuerdo y al pleno dominio de lugares y personas. La estatua de Pompeyo al pie de la cual cayó César atravesado por los puñales de Bruto y Casio, existe hoy en el palacio de la Vicaría, y en la escalera de ese mismo palacio fué asesinado Rossi, el ministro de Pio IX, cuando éste inauguró su pontificado con franca tendencia liberal...

Ahora, Memoria mía, no te apartes de mí que, ó mucho me engaño ó necesitaré tu asistencia en mi afanoso vagar por las grandezas de Roma papal y pagana.

¡San Pablo! ¡Las Catacumbas! Se ha dicho que la catedral mayor del mundo después de San Pedro, es esta de San Pablo situada fuera de los muros de Roma y no lejos del Tíber. El gobierno italiano ha secularizado este templo; los guardianes son seculares y se puede visitar como los museos y las colecciones artísticas. ¡Qué extraordinaria riqueza de mármoles y pórfidos, de mosaicos, pinturas y bronceos, todo ello de marcada opulencia bizantina! Decididos á completar en lo posible el conocimiento de los tesoros artísticos de la Ciudad Eterna, desde San Pablo corrimos hacia las Catacumbas, viendo de paso la Via Apia y el monumento de Cecilia Metela. En mi mente se confunden los lugares que ví, y no puedo discernir si la primera Catacumba que ví fué la de San Lorenzo ó la de San Sebastián. Son galerías y escavaciones subterráneas de donde se extraía el material para la fabricación de porcelana. Largo rato discurrimos por aquellas soledades tenebrosas, guiados por un fraile que farol en mano nos daba referencias de lo que veíamos, las cuales no revelaban erudición ni siquiera dominio del asunto. Además, el frailecho parecía malhumorado y deseoso de que acabáramos pronto para plantarnos en la calle.

Aun con estas desfavorables condiciones, pudimos admirar inscripciones bellísimas y algunas pinturas de inmenso interés. Entre estas no olvidaré nunca la figura de Jesús representada en forma pagana; según costumbre en la edad embrionaria del cristianismo, desnudo, sin barba, como pintaban á las divinidades mitológicas, Febo padre de la luz y de la inspiración ó Hermes el de los pies ligeros. Los apóstoles formaban en derredor de Cristo un grupo de ancianos en éxtasis. Aquellos lóbregos callejones tortuosos acababan por fatigar al viajero que no puede retener en su memoria las innumerables inscripciones que indican sepulturas de mártires ó altares donde se celebraron los primeros ritos de la cristiandad. Ansiábamos apartar nuestros ojos de aquel mundo de tinieblas para espaciarnos y regocijarnos en la plena luz del día.

Aún nos faltan por admirar muchos aspectos interesantes de la metrópoli pagana y pontificia; pero el afán de nuevas sensaciones nos mueve á partir para Nápoles. Pensado y hecho. En el trayecto no hacíamos más que ordenar y catalogar nuestros recuerdos. En nuestra mente se entremezclaban peleándose al verse juntas las visiones pasadas y las que nos anticipaba nuestra imaginación. Entrada ya la noche llegá-

bamos al término de nuestro viaje, y de pronto, por la ventanilla del tren, vimos sobre el horizonte una intensa llamarada. Tras un breve momento de estupor, mi compañero y yo exclamamos: «¡el Vesubio! ¡el Vesubio!»

Estamos en Nápoles, la ciudad alegre, bulliciosa, que á sus innumerables encantos añade la holganza y la superstición, ¡ah! la superstición, estado de la conciencia que embelesa y arrulla las almas con deliciosas mentiras. Nuestro primer paseo fué por el barrio popular de Santa Lucía, donde todo es una mezcla extraña de cháchara y quietismo; los hombres tumbados en medio de la calle; ésta, llena de cortezas de melón y sandía; las mujeres en chancletas gesticulando á voces; las puertas de las humildes casas abiertas de par en par, viéndose por ellas las estampas de santos alumbrados con lamparillas; en el fondo el mar, y en término lejano el elevado monte con su negro penacho de humo, cuyas espirales se enroscan en el cielo. Al pasar de Santa Lucía á una plaza donde está el Palacio Real, se me apareció la Memoria mía que al partir de Roma se fué de mi lado anticipando su viaje á Nápoles. Aleteando en torno de mi cabeza con graciosa travesura, me dijo: «Esto sí que es divertido, dueño mío. En Roma me aburría yo con tanta catacumba y tanta ruina; por eso me vine á Nápoles. Aquí todo es vida y dulzura. Sigue por este camino que te indico, y entrarás en la calle de Toledo, española por su nombre y más aún por su bullanga; organillos, disputas, pregones á grito herido, diálogos entre un balcón y la calle, secretos á voces, sin fin de carruajes de alquiler, cuyos cocheros no dan paz á la lengua ni á la fusta, charlatanes que rodeados de pavanatas encomian sus bálsamos y panaceas... Recorre la calle en toda su extensión, y al fin de ella encontrarás un edificio que ahora es el Museo principal de Nápoles y antaño fué palacio del Virrey D. Pedro de Toledo, Marqués de Vil afranca, que dió su nombre á esta calle.»

—¡Qué bien enterada estás de todo! Así, así me gusta, para que yo conozca de esta variedad de cosas sin que tenga que devanarme los sesos.

—A mi observación nada se escapa; yo te informaré de cuanto aquí existe. Confía, confía en tu fiel Memoria que te indicará previamente todo lo que debes ver. Mañana subiremos al Vesubio.

—¿Hasta el cráter?

—Hasta lo más alto. Es espantoso, sublime...

—Pues iremos ahora mismo.

—Ten calma: Hoy, ya que estamos aquí, entra en el Museo y entérate bien de las preciosidades que contiene. Verás el Grupo de Pasifae y otras obras maestras de la escultura. Verás también pinturas de Pompeya y Herculano... en fin, verás lo que vieres sin que yo pueda detallarte una por una las joyas de ese Museo; pues ya sabes que aunque me llamo Memoria, soy un tantico desmemoriada.»

Obedientes á tan sabio consejo, al siguiente día subimos Galiano y yo al terrible volcán. En la expedición se emplea un día de sol á sol. La primera parte se hace en coche por laderas preciosas cubiertas de viñas; á cada paso salían mujeres y niños ofreciéndonos uvas riquísimas. A la altura del observatorio tomamos el tren funicular, y ¡arriba! ¡arriba!

Entre nuestros compañeros de viaje predominaban los hijos de Albión, armados de Bædeker, con gruesos zapatonos, indumento varonil en uno y otro sexo. Terminada la subida nos hallamos al pie del cono de piedra pómez. Para llegar al cráter era requisito indispensable entenderse con los guías que hacen este servicio mediante un crecido estipendio. Dos hombres acompañaban á cada viajero, llevándole agarrado por ambos brazos. No olvidaré nunca el fatigoso avance por unos senderos en zig-zag pisando lavas ardientes, recibiendo á cada paso humaredas asfixiantes de vapores sulfúreos. El trayecto, aunque no es largo, se hace interminable por las dificultades del paso sobre el suelo movedizo y ardiente. Por fin, nuestros guías nos llevaron al borde del cráter y nos asomaron á él sujetándonos fuertemente. ¡Horrendo espectáculo! De la honda cavidad brotaba con resoplido intermitente un chorro de fuego, entre cuyas llamaradas veíamos pedazos de materias incandescentes que caían ante nuestros ojos con estrépito. Al lado nuestro, dos intrépidas inglesas,

agarradas fuertemente por sus guías, no hacían más que gritar: «¡Oooh! ¡Wonderfull!»

La contemplación del cráter no podía durar más que segundos, porque el calor nos ahogaba. Bajamos á tropezones como autómatas, respirando azufre y doloridos de todo el cuerpo. Volvimos al funicular donde encontramos nuestras compañeras de cráter las damitas inglesas. Cambiamos impresiones sobre lo que habíamos visto; porque Galiano poseía muy bien el inglés, y acabamos por hacernos amigos. Ellas pensaban ir á Palermo y subir al Etna. Yo, en inglés chapurrado, les dí á entender que en cuestión de cráteres en actividad me he quedado satisfecho con uno, y gracias.

Al día siguiente, hallándome cerca del famoso Aquarium de Nápoles, ví pasar la grácil figura de mi Memoria, y sujetándola por la túnica vagarosa, le dije: «¿A dónde vas? Ven aquí; aviva el recuerdo de aquel Virrey de Nápoles, el grande Osuna, y su secretario el no menos grande D. Francisco de Quevedo». Y la espiritual ninfa, poniendo en su boquita un mohín de seriedad, me contestó: «Antes que de antiguallas históricas quiero hablarte de una triste actualidad ocurrida en nuestro país, Las Palmas.

—¿Qué es eso, niña?

—¿No has oído vocear á los vendedores de periódicos el suceso ocurrido en el Puerto de la Luz? Tu estupor me indica que no te has enterado... Verás; chocaron á la entrada del puerto el vapor italiano *Sub America*, de la Compañía la Veloce, de Génova, y el vapor *France*, de Marsella. Se fué á pique el italiano pereciendo gran parte de los pasajeros... Condolidos del triste suceso, mi ninfa y yo nos trasladáramos con la imaginación al lugar de la catástrofe. Veíamos á los buzos extrayendo los cadáveres del fondo de las aguas; veíamos el vecindario consternado... Día de luto para Gran Canaria y para la patria italiana.

Agotado con frase lastimera el asunto de actualidad, repetí á mi ninfa el deseo de que me esclareciera lo concerniente al Virrey Osuna; y ella, con mimosa desgana, como los chiquillos á quienes se pide que reciten la lección, me contestó: «Patrono querido, ya sabes que la Historia de los siglos pasados no es mi fuerte. Padezco de olvido, y revolver los viejos anales me fatiga. A grandes trazos puedo decirte que don Pedro Téllez Girón, virrey de Nápoles, fué un valiente guerrero por tierra y por mar, azote de los corsarios berberiscos, y además político insigne. Calumniado en la Corte de las Españas, fué perseguido y encarcelado. Si no puedo referirte al detalle las hazañas y desventuras de aquel célebre prócer, te recitaré el soneto que le dedicó Quevedo. Dice así:

Faltar pudo su patria al grande Osuna;
Pero no á su defensa sus hazañas.
Diéronle muerte en cárcel las Españas
De quien él hizo esclava la fortuna.

—No sigas; ya recuerdo el soneto. Dejémosnos de historias y vámonos á dar un paseo.

—A Pompeya, á Pompeya. No tienes idea de lo bonito que es la ciudad desenterrada, la víctima del Vesubio, el año mil y tantos de la Era Cristiana... No digo la fecha exacta porque la ignoro. Ya sabes que en eso de las fechas históricas soy una calamidad. Sepultada entre cenizas y lavas estuvo Pompeya no sé cuánto tiempo, hasta que en el siglo pasado fué descubierta y sacada nuevamente á la luz del día. Esto pasó en tiempo de un soberano que antes de reinar en España con el nombre de Carlos III, fué rey de las dos Sicilias, no sé si con el nombre de Carlos VI ó VII.

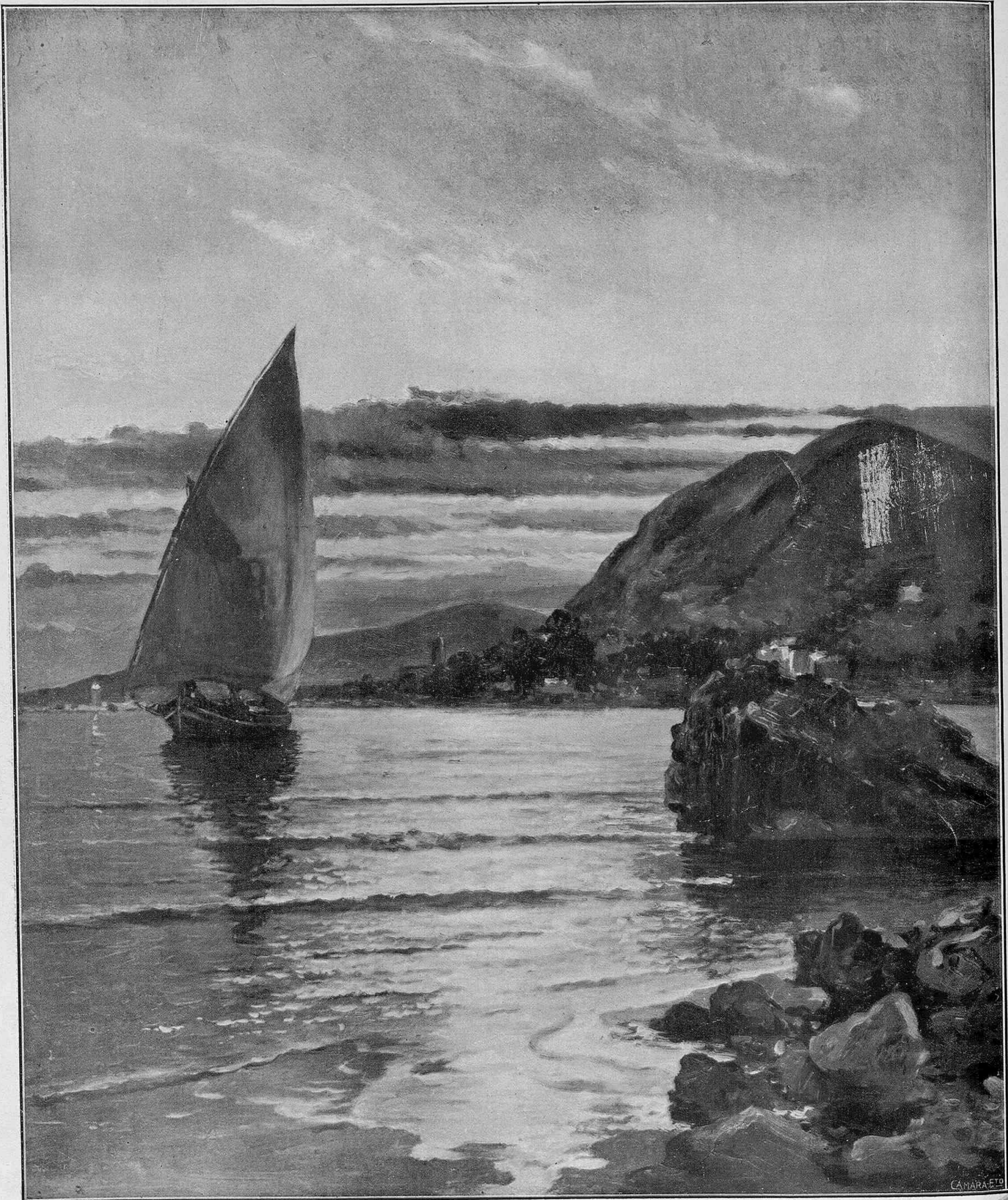
—Está bien; pero vámonos al punto á ver ese pueblo desenterrado, y enseñámelo todo, dejando las erudiciones enfadosas que se encuentran en cualquier librito de viajes ó manual de Historia. En pocas horas recorrimos el largo circuito de la costa de Nápoles al pie de los montes Somma, cráter apagado, y Vesubio, cráter en actividad, y dominando por la otra banda el incomparable golfo de Nápoles con las islas Capri, Ischia y Procida, que semejan divinidades oceánicas dormidas en el azul de las aguas.

B. PÉREZ GALDÓS

(Se continuará)

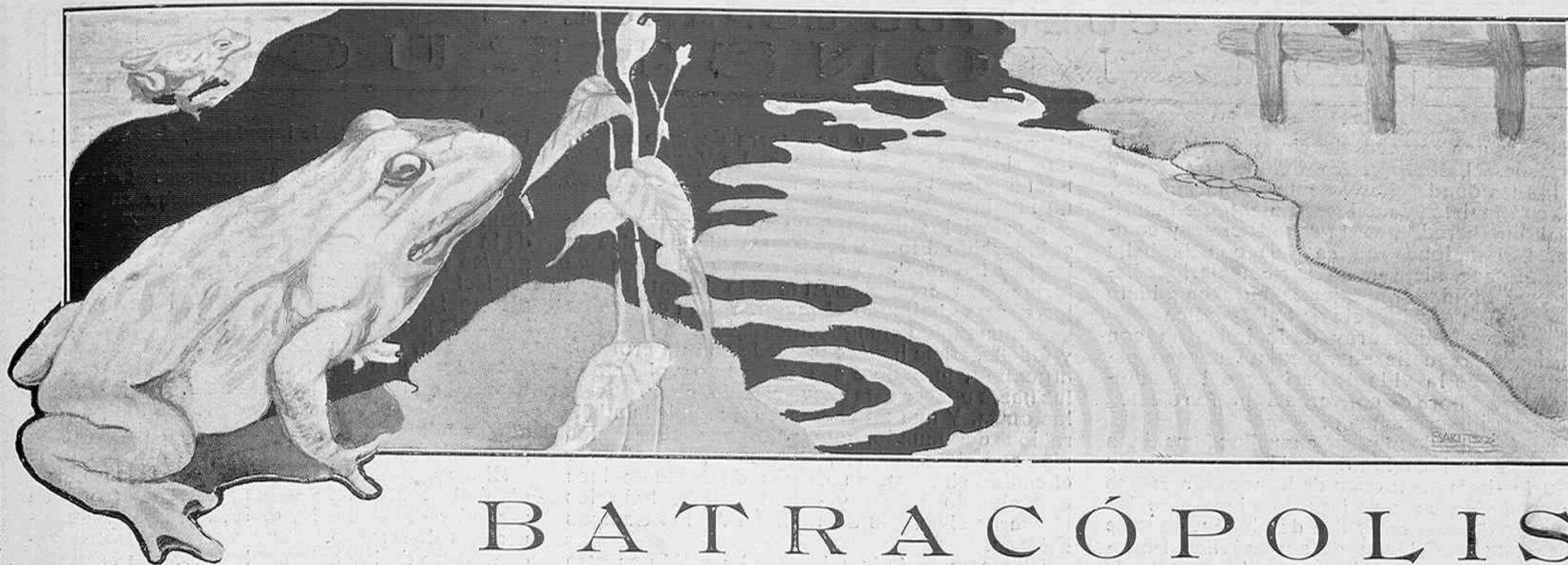
LA ESFERA

ARTE MODERNO



CREPÚSCULO, cuadro de Ricardo Verdugo Landi

AYMORÉ DE
BIBLIOTECA



BATRACÓPOLIS

QUEDAMOS, me parece, que esta nuestra España es, en su mayor parte al menos, una charca y nada más que una charca de aguas estancadas y quietas, anidadoras de terciarias. Y es mejor, piensan muchos, mucho mejor que no la agitemos, pues entonces se enturbia su clarísima sobrehaz, espejo de un cielo también quieto y estancado—cuando no hay tormenta—pero radiante y luminoso con luz cruda y sin matices, con luz ennegadora, y sube a flor de agua el cienago que es el poso de la charca. Y dicen los que así piensan que los trapos sucios hay que lavarlos en casa y se van a lavarlos a las orillas de la charca, donde croan las ranas y nadan los renacuajos sin croar y los trapos quedan, al parecer al menos, más limpios, pero la charca más sucia. Y toda esa podre de los trapos se va al poso de la cienaga, cuajado de todas las porquerías que no se quiere ver, pero sin quererlo se ve.

La charca no está despoblada aunque lo parece. Aparte de las ranas y sus renacuajos, anidan en el cieno de su fondo culebrones y tencas. Y por cierto no sé por qué cuando se habla de ciertos hombres públicos de esos que como las mujeres análogas, hacen la carrera después de haberse matriculado en un partido, sacando cartilla de él, sólo que carrera política, de ministro—pues hasta carrera puede ser un ministerio—se les llama congrios ó besugos. No, esta denominación no les cuadra bien. El congrio vive en las costas del mar libre, entre las rocas, y el besugo es un pescado que nada en el ancho océano libre y vasto. No conozco ni congrio ni besugo de tierra adentro ó de tierra firme, y mucho menos de charca. El besugo no se hace a la charca. A esos sujetos se les debe llamar tencas, porque como éstas anidan en el cieno de las charcas y en la vecindad de las ranas. Y las ranas sirven a las tencas. ¿No ha oído nunca el lector decir de uno: «es de la madera de los ministros»? Pues bien, esos ministros de madera suelen ser de carne de tenca.

Nuestras ranas, las ranas de nuestra charca política nacional, de nuestra Batracópolis, no piden, como las de la fábula, rey; lo que piden es diputados. Y se los piden a las tencas y a los sapos que desde tierra explotan la charca. Los sapos es lo que se suele llamar caciques. Y aquí debo advertir que eso de que los sapos sean venenosos no pasa de ser una superstición popular, de la que los sapos mismos se aprovechan, dejándola correr. Y los sapos tienen, aunque parezca mentira, una especie de canto aflautado, un clin clón, clin clón—*clinclones* les llaman en mi pueblo—que no deja de tener, sobre todo de noche, su encanto.

Las ranas, incapaces de buscarse nada por sí mismas, piden diputados, como antaño pidieron rey. Y las tencas y los sapos les envían unas veces, las menos, culebrones, y de ordinario troncos ó ceporros. Y las ranas tan contentas con poder saltar sobre estos ceporros y jugar con ellos reconociendo que, á pesar de su bulto, son aún menos que ranas. Aunque el ceporro se convierta luego, por arte de magia, en tenca. Porque no hay ceporro que no sea ministrable.

Bueno, y ahora dejando el tono serio y hablando en broma, no han visto ustedes esos inverosímiles ciudadanos que adelantándose di-

cen: «¡Aquí estoy yo! me presento candidato á diputado por Villapocha!» Esto es corriente, pero por corriente que ello sea siempre me pareció un colmo de sinvergüencería. Porque quien es un señor cualquiera—sean los que fueren sus méritos—para decir así: «¡aquí estoy! ¡me presento yo!» Claro es que algunos, menos francos aún, que no menos sinvergüenzas, inventan aquello de que lo hacen á ruego de sus amigos ó por complacer el ardiente anhelo de sus conciudadanos. Y aún hay más y es que hablan de derechos adquiridos.

Nada más interesante que ese derecho consuetudinario batraco-político con su jerga de derechos adquiridos, compromisos de partido, carrera política, méritos contraídos y compensaciones. Todo lo cual se funda en que á las ranas no les dá la gana de molestarse en pensar y estiman que el tener conciencia propia no puede conducir sino á revolver y enturbiar la charca.

Presumen, además, las ranas que si eligiesen para representarlas á otras ranas como ellas se les convertirían en sapos, en culebrones, en troncos y acaso en tencas. Y yo no sé si se dicen para sus adentros: de Juan á Diego no va un dedo.

Y volviendo otra vez á la broma les diré á ustedes, lectores, que no saben la cara de asombro que me puso una cría de tenca una vez que le dije que ni había derecho á presentarse nadie á representar nada público ni á pedir un solo voto, directa ó indirectamente, ni tampoco á rehusarlo con sólo uno que se le ofreciese. Pero esta cría de tenca, muy enterada en los secretos del misterioso rito del encasillado, me dijo que yo y otros tales no éramos más que un puñado de ilusos, utopistas faltos de sentido de la realidad. Después me llamó soberbio y *poseur*. La actitud de hombre es para ranas, sapos y tencas una *pose*, algo para llamar la atención. Claro es, que ellos, las ranas, los sapos y las tencas no llaman la atención como hombres.

Me dijo luego la cría de tenca que era muy cómodo dedicarse á censor y á pesimista—á él que estima carrera la de ministro, el pesimismo se le aparece como otra profesión y no sé si lucrativa—y burlarse de la batracopolítica y me echó un pequeño sermón sobre el deber en que está todo ciudadano de intervenir en la cosa pública. La *res pública*, añadió, porque mi cría de tenca sabe algo de latín parlamentario. Y entonces,—vuelvo á hablar en broma—me acordé de una carta que me escribió no hace mucho un señor ministro de la Corona y en que me hablaba de «los que, sin querer llamarse *políticos*, ya sea por rigidez de principios, ya por mantener una postura que consideran gallarda, hacen, mal que les pese, *política*, en el sentido de influir con sus predicaciones en la gobernación de los pueblos.»

¡Claro es que hacemos política! Y no mal que nos pese, sino muy á nuestro sabor. Lo que no hacemos es batracopolítica. Lo que no hacemos es presentarnos candidatos á nada, pues aún no hemos perdido la vergüenza humana. Y digo humana porque hay también una vergüenza batracía ó ranesca. Lo que no hacemos es declararnos reses yendo á que nos pongan la hierra de una ganadería personal con la cifra—letra y corona—del amo y luego, pordiosear

una casilla del encasillado, sea de Villapocha ó de Aldeabrutanda ó de Marmotería.

Un culebrón de la charca, que de tenca nada tiene, se burla donosamente de los pobres idealistas que quieren de la materia pública hacer espíritu público y dice, guiñando la pupila, que no van á ninguna parte. Uno de esos pobres hombres—siempre un hombre es pobre—dió en escribirle de cuando en cuando cartas sobre asuntos políticos—pero políticos de verdad y no batracopolíticos—y el bueno del culebrón se decía: «pero si no he hecho nada por él todavía...! y no me pide nada... ¿que es lo que querrá?» Que es lo que á cualquiera se le ocurre al oír croar á las ranas: «¿qué pedirán?»

Hay quien se dedica á pescar ranas y hasta tencas, y algunos á encandilar á aquellas. Pero es peligroso. Corre uno riesgo de caerse en la charca y como un hombre pesa más que una rana ó una tenca, por muy bien que sepa nadar, se llena de cieno y sale hecho una lástima. Y en cuanto á navegar por la charca en busca del vellocino de oro ó de la estrella del alba no hay que pensar en ello siquiera. Además los pescadores de charca lo que pescan es reuma ó unas terciarias. Siendo hombres, se entiende.

Desde hace algún tiempo suena por las orillas de la charca y aun dentro de ella, esta palabra: ¡ciudadanía! Hasta las ranas la croan ya, pero siguen siendo ranas y siguen croando encima del ceporro. ¡Ciudadanía! ¡Claro está! Ese es el remedio al profesionalismo batracopolítico, á que se haga carrera de culebrón ó de tenca ó de sapo. Pero ya están traduciendo eso de la ciudadanía al croamiento batracopolítico; ya empieza á ser una carrera la ciudadanía.

«Bueno—me dijo una vez la susomentada cría de tenca—¿cual es tu sistema político?» Quería que le explicase una especie de República como la de Platón ó una Utopía como la de Tomás Moro ó á lo menos que le expusiese un programa que se pudiese llevar á la práctica. Pero en cuanto comprendí lo que él entendía por práctica le dije para quitármelo de encima: «mi reino no es de este mundo.» Y entonces él que no deja de tener su viveza, me replicó: «¡pues hasta Cristo hizo política! ¿qué sino un principio político es aquello de: dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios?» Y le contesté: «claro está que hizo política y por eso le crucificaron, y sino lee lo que se dice en el versículo 48 del capítulo xi del Evangelio según Juan y los versículos que siguen, y verás como le crucificaron por lo que ellos, los saduceos y fariseos dirán antipatriotismo, es decir, por política.»

¿Y qué remedio queda? Solo uno y es hacer política fuera de la charca, en tierra enjuta y florida, pisando yerba, mejor entre el polvo que entre el cieno, al aire libre y sin presentarse nadie á nada sino presentando su pensamiento tal como se refleja en la conciencia de un ciudadano libre y orejisano, sin hierra ni marca. Y hombres así pueden entenderse y concertarse y organizarse y reprimirse y hacer una conciencia colectiva y unificarla y disciplinarla para la acción, pero como hombres. Como hombres que se buscan á sí mismos y no como ranas que piden diputados.

MIGUEL DE UNAMUNO

DIBUJO DE BARTOLOZZI

CUENTOS ESPAÑOLES

EL MONSTRUO

DURANTE una semana, de cinco á siete de la tarde, el «todo París» de los *te tango* y los *tes* donde simplemente se murmuraba, habló con insistencia del casamiento de Mauricio Delfour (heredero de la casa Delfour y compañía, 250 millones de capital) con la bella Odette Marsac, nieta de un parlamentario célebre y casi olvidado, que había sido candidato dos veces á la presidencia de la República.

El matrimonio de un rey de la industria con una princesa republicana no es un suceso extraordinario en la vida de París, y sólo da motivos á media hora de conversación. ¡Pero estos dos eran tan interesantes!...

El había cruzado muchos ensueños femeninos como la personificación de todas las gracias y sabidurías humanas: copa de honor en carreras de ginetes *chic*, copa de honor en innumerables concursos de esgrima y tiro de pichón, copa de honor en la gran lucha de automóviles París-Nápoles. Su despacho iba tomando aspecto de comedor por el número de vasijas gloriosas que se alineaban sobre los muebles.

Ahora añadía á sus triunfos corporales cierto prestigio de hombre de ciencia, dedicándose á la aviación, volando casi todas las semanas, y frunciendo el ceño con aire misterioso cuando alguien hablaba en su presencia de problemas de mecánica.

Ella era Odette para sus amigas, la incomparable Odette, y para el resto del mundo *mademoiselle Marsac*, un nombre famoso, pues figuraba en todas las crónicas elegantes, en todos los estrenos, en todas las revistas de modas. Los meditabundos y sublimes modistos de la *rue de la Paix* contaban con ella para lanzar en las grandes solemnidades de la vida parisién sus innovaciones de artista calenturiento. Su cuerpo incomparable hacía palidecer y suspirar á las mujeres; cincuenta y ocho kilos de peso; un escote «ideal»; las clavículas marcando sus elegantes aristas como un zócalo de la frágil columna del cuello; los homoplatos despegándose de la espalda como alas nacientes; las piernas largas, y casi rectas, asomando tranquilas, sin miedo á la tentación, por el borde de la falda; una capa de substancia carnal repartida con parsimonia para recubrir solamente las rudezas del interno andamiaje; un cuerpo casi «aéreo», un pretexto para que los vestidos contuviesen algo en su interior y no semovieran solos. Y sobre este organismo, supremamente distinguido, un rostro alargado por el mentón en punta, con un pequeño redondel rojo, la boca; dos almendras enormes y negras, los ojos; dos tirabuzones sobre las orejas iguales á las patillas

de un «toreador», y una torre de pelo mixto, con rizos propios y ajenos. La Venus moderna, tal como la adora en sus geniales ensueños un iluminador de figurines.

A principios de 1914, un nuevo *sport* había enloquecido á todas las gentes distinguidas de París y las capitales de Europa y América que forman sus arrabales. El mundo decente movía las caderas bailando el tango. Y á la cabeza de esta humanidad «tanguante» figuraron Mauricio y Odette. El se había encerrado con un profesor argentino, jurando á sus dioses no volver á la luz hasta poseer esta nueva ciencia, como poseía las otras. Y una tarde empezó á recibir la admiración del mundo, moviendo sus charolados pies con altos tacones, su talle encorsetado por el ceñido chaquet, su cabeza de brillante laca con el pelo rígido y echado atrás, bajo las lámparas eléctricas de un hotel de los Campos Elíseos.

Ella compartía la misma admiración en otro extremo de la escena, y los dos se buscaron con la atracción de dos astros que se presien-

ten, con el irresistible impulso de dos afinidades colectivas, para no separarse más.

Bailaron en adelante el uno para el otro. Imposible encontrar el ritmo sublime en brazos distintos. Y sin romper el misterioso silencio de la danza sagrada, mientras se contoneaban graves y meditabundos con todas las potencias intelectuales fijadas en el movimiento de los pies, reconocieron los dos la necesidad de no perder la pareja para seguir bailando eternamente. Así se amaron, así se casaron, y el «todo París» se levantó una mañana dos horas antes que de costumbre para asistir á una ceremonia nupcial adornada con la presencia de todos los poderosos de la industria y un sinnúmero de personajes políticos, amigos del abuelo de la desposada.

El amor idílico de los recién casados no ofrecía dudas. Mauricio había procedido como un verdadero enamorado, diciendo ¡adiós!, sin esperanza de retorno, á sus varias amantes, sacerdotisas de las más nobles artes: la comedia, la ópera y el baile. ¡Se acabaron las locuras! Su mujercita y los estudios serios nada más.

Ella seguía coqueteando como antes, pero por costumbre, sin dar pretexto á osados avances, por añadir á la felicidad del esposo el incentivo del peligro.

Habían instalado su dicha en el hotel de los Delfour, suntuoso edificio elevado por el primer millonario de la familia junto al parque Monceau, entre viviendas de sus compañeros de riqueza y con la fachada posterior sobre el mismo jardín. La viuda Delfour se refugió en el último piso con los muebles de su antiguo esplendor, dejando libre el resto de la casa á su hijo y su nuera para que ésta pudiese satisfacer sin obstáculo sus gustos decorativos.

Todas las fantasías é incoherencias del estilo bizantino-persa incubado en Munich, hicieron irrupción en esta casa de salones rojos y dorados é imponentes sillerías del tiempo de Napoleón III.

Mamá Delfour, siempre vestida de negro, con el aire grave y reflexivo de una mujer que conoce el precio de la vida, presenció impasible las invenciones de la recién llegada; fiestas orientales que alborotaban el tranquilo hotel; tes danzantes; túnicas de lino transparente estrechas como fundas y con enormes flores de realce, en las que encerraba su magra desnudez. Como su hijo adoraba á Odette, ella se esforzó en justificar todos los caprichos y saltos de humor de la nuera. ¡Pobre niña! Se había criado sin madre, viviendo como un muchacho.

ooo

Y vino la guerra. Uno de sus primeros efectos fué dilatar los



ojos de la nueva señora Delfour con una expresión de asombro. ¡Pero era posible esta calamidad!... ¡Ahora que la gente se divertía más que nunca!...

La suegra pareció crecer, saliendo del tímido encogimiento. Su mirada se posó sobre personas y cosas con grave lentitud, como si las reconociese de nuevo. Había visto mucho. Sus primeras palabras de amor con el fabricante Delfour se cruzaron en 1870, durante el sitio de París. Luego, de recién casada había presenciado la tragedia de la *Commune*.

El hijo se fué cuando su mujer le admiraba como un hombre nuevo, viendo realzadas sus gracias varoniles por las ventajas del uniforme. Quiso entrar en la aviación, pero la aviación marchaba mal al principio de la guerra, y, para ser de una utilidad inmediata, permaneció en la artillería.

También Odette quiso ser útil á su patria. Todas sus amigas frecuentaban los hospitales. Y se lanzó á ser enfermera, admirando el uniforme blanco, con su capa azul y su alba toca; algo sencillito y nuevo que sentaba perfectamente á su belleza. Su afán por lucir la última moda le hacía abandonar muchas veces á los enfermos, paseando en automóvil, por el bosque de Bolonia, la blanca túnica con cruces rojas en las mangas y en el pecho. Mientras tanto, la viuda Delfour, sin abandonar su eterno traje negro de burguesa, pasaba días y noches en un hospital.

La guerra ofrece sus satisfacciones y deleites. ¡Los tes entre las mujeres, sin la presencia de hombres molestos que agobian con sus galanterías, vestidas casi todas de blanco como criadas de balneario, recibiendo las ojeadas envidiosas de las que no llevan uniforme, fabricando géneros de punto para los soldados, con la torpe suficiencia de una labor enseñada recientemente por la doncella!...

—Mi marido combate en Alsacia. ¿Y el señor Delfour, dónde está?...

El Sr. Delfour andaba del lado de Bélgica, y su esposa, lanzando en torno una mirada de orgullo, iba contando sus glorias. Dos citaciones en la orden del día: cruz, segundo galón. Pero llovían héroes, y Odette experimentaba cierto despecho al oír que todas las otras casi decían lo mismo de sus hombres.

¡No poder distinguirse!...

Un día el hotel del parque de Monceau se conmovió con una terrible crisis de nervios y lágrimas, acompañada de choque de puertas, llegada de automóviles, desfile de médicos. El teniente Delfour estaba herido de gravedad por la explosión de una granada. Odette quiso marchar al lado de su esposo inmediatamente. ¡Imposible! Luego quiso morir, mientras la madre permanecía erguida, silenciosa, pálida, con los ojos parpadeantes y secos, mordiéndose los labios.

Luego, al volver á las reuniones íntimas, experimentó cierta satisfacción. Ninguna amiga osaba ya compararse con ella.

—Mauricio está herido; gravemente herido.

Y todas se apiadaban del esposo seductor maltratado por la guerra.

La general admiración hizo que acabase por conformarse con la importancia de las heridas. ¿Cómo serían éstas?... Se imaginó á su marido cojeando, con una mano en un bastón y la otra apoyada en su brazo. Formarían una pareja interesante. El porvenir les reservaba aún largas horas de felicidad. Ella lo protegería y lo alegraría con ternuras de madre y caricias de

amante. Una tarde, en la *rue Royale*, vió á un subteniente de pocos años, casi un niño, que marchaba al lado de su novia con una manga vacía. Mauricio también había perdido un brazo; estaba segura de ello. Por eso sus cartas breves, de una alegría penosa, eran siempre dictadas... ¡No importa; ella sería el apoyo de su esposo; su brazo substituiría el brazo ausente. Lo interesante era volver á contemplar su rostro, mirarse en sus ojos claros, acariciadores y graciosamente irónicos. ¡Ay, como le amaba!...

Las amigas la acogían siempre con la misma pregunta: «¿Cómo sigue el herido?». Y ella contestaba con seguridad: «Mejor. Pronto vendrá á París».

Y pasaron meses; y llegaron cartas y más cartas de letra extraña, dictadas por él. La madre, inquieta, interroga á los antiguos amigos de la familia, graves varones que indudablemente ocultaban algo.

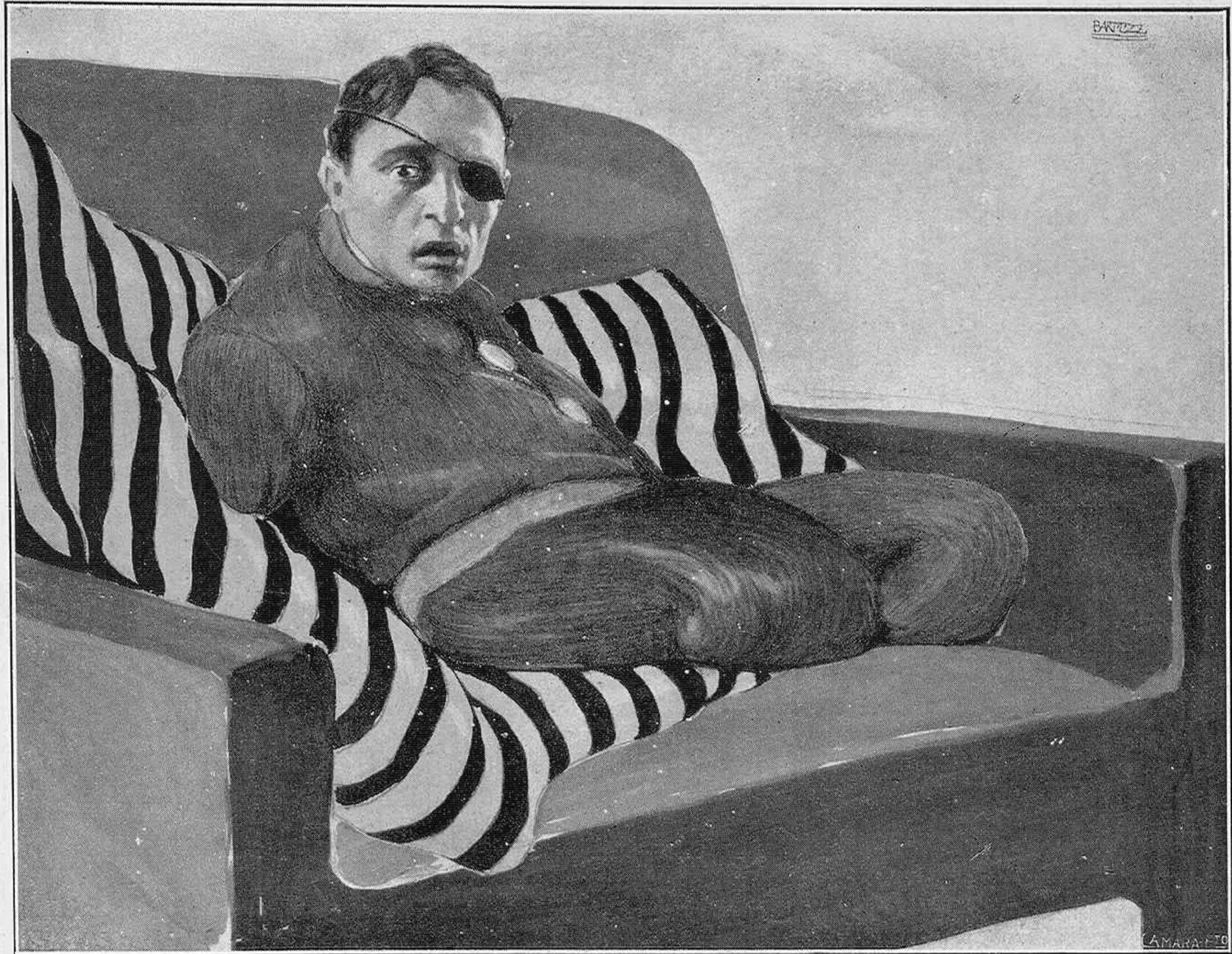
nuaba. Le faltaban los brazos, le faltaban las piernas, era un tronco nada más, conservado por los prodigios de la cirugía; un harapo rematado por una cabeza viviente.

—¡Odette!... ¡Odette!—murmuró la boca negra, humildemente, como si pidiese perdón por su desgracia.

Pero Odette había huído, atropellando á los criados que se agolpaban en la puerta. Corrió por los pisos superiores sin saber lo que hacía, dando alaridos como una mujer de la tragedia griega, chocando con muebles y paredes, mesándose los sueltos cabellos, loca de sorpresa, de miedo, de repugnancia. ¡Y aquel monstruo era su marido! ¡Y habría de permanecer junto á él toda su existencia!...

—¡Odette!... ¡Odette!—seguía gimiendo abajo la voz humilde y dolorosa.

El ojo único se fué cubriendo de lágrimas. Todos huían. Hasta los criados le contemplaban á distancia, buscando ocultarse cada uno detrás



—Las heridas son muchas; pero ya está fuera de peligro. ¡Valor! Lo importante es que viva.

Una mañana Odette saltó de su lecho, súbitamente despertada por algo extraordinario que conmovía el hotel. Al levantar la cortina de una ventana vió al otro lado de la verja un automóvil cerrado, con cruces rojas. La marquesina de cristales de la escalinata apenas le dejó distinguir á un grupo de hombres que subían cuidadosamente algo envuelto, como un mueble frágil. Su corazón dió un salto. ¡Mauricio!...

Cuando mal vestida se deslizó por la escalera, corriendo á un salón del piso bajo, los domésticos, azorados y trémulos, pretendieron detenerla. Entró, reconociendo inmediatamente la dolorosa cabeza que descansaba sobre las almohadas de un diván. Era él, atrozmente desfigurado, con las mejillas surcadas por el lívido arabesco de las cicatrices...; pero era él. De sus ojos sólo quedaba uno. La falta del otro estaba oculta por una venda negra que moldeaba la cuenca vacía. Luego vió su pecho cubierto por el paño azul de una blusa vieja de oficial. Pero al llegar aquí, la mujer vaciló sobre sus pies como si la sorpresa le asestase un puñetazo demolidor. Lanzó un grito... El herido *no conti-*

del compañero, queriendo escapar y avanzando la cabeza al mismo tiempo, con una expresión doble de curiosidad y repugnancia. Evitaban el tocarle como si fuese algo gelatinoso y repelente; un pulpo con las extremidades rotas; una mucosidad informe de la guerra. El, que poseyó millones y tanto amaba la vida, quedaba al margen de la vida para siempre.

Su miseria creaba el vacío. Hasta su perro favorito gemía á corta distancia, avanzando y retrocediendo en violentas alternativas de lealtad y de espanto.

Y así sería siempre... ¡Ay: morir! ¡Morir, cuanto antes!

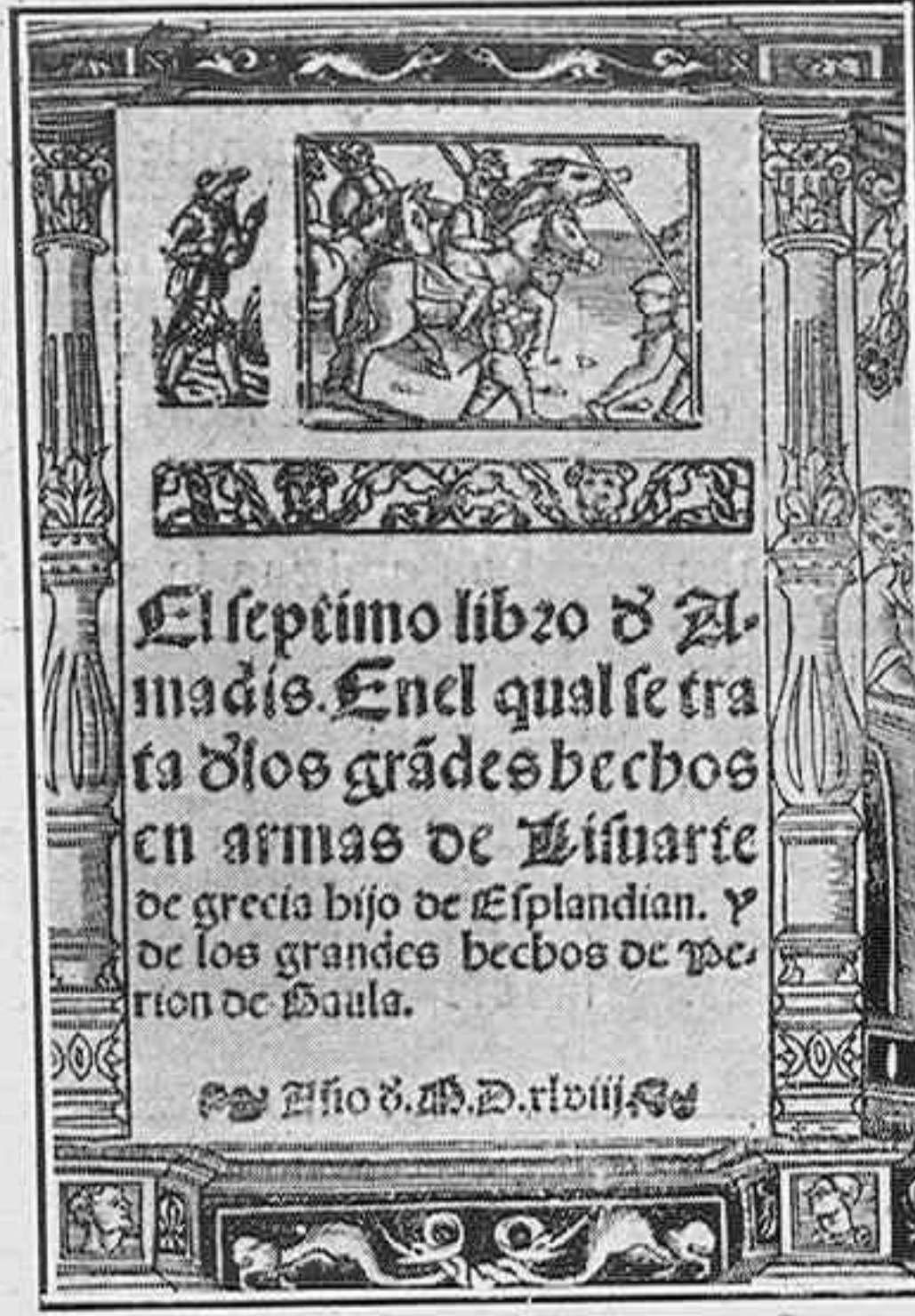
De pronto el grupo de domésticos se deshizo. Alguien había entrado con violencia. El monstruo vió un peinado blanco que venía hacia él; sintió en sus cortadas mejillas el contacto de una boca que acababa por acariciar frenética el vendaje de su órbita hueca; un rocío tibio mojó su cuello; unos brazos nerviosos de pasión abarcaron su tronco informe, como si fuesen á mecerle...

—¡Mamá!... ¡Oh, mamá!

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

DIBUJOS DE BARTOLOZZI



Libros para enloquecer y realidades para acordar

HELOS ahí, uno á uno, con sus estupendos grabados en madera, con sus orlas floridas, con sus letras góticas, los libros que enloquecieron á nuestro Alonso, bien llamado *Don Quijote*. Con perdón de los eruditos, muchas cosas podrían decirse llanamente de esos libros, que llenaron con su prez todo el siglo xvi, y á tí, lector, no habría de espantarte ello porque aquí, en la intimidad nuestra, deberías confesarme, tú abogado, tú médico, tú ingeniero, que no has leído el libro de Cervantes y que si acaso cayó en tus manos lo arrojaste con enfado sin encontrar el encanto de que todo el mundo habla... Y he aquí, que cuando ese libro se publicó causaba enfado á los nobles y y á los doctos mientras deleitaba al vulgo. Hoy—mantenga el engaño quien quiera—, mientras los personajes del libro y algunas de sus escenas forman parte de aquel cúmulo de conocimientos que están en la pública circulación y saben todos de oídas, sin tener que aprenderlos en los libros, el vulgo no lee á *Don Quijote*, los de mediana cultura se satisfacen con saber lo que de ello saben y los doctos persisten en su enfadosa tarea de hurgarle los entresijos á Cervantes, como si no hubiesen sacado ya bastante de ellos.

Así, no habiendo de darte desazones la *Historia del Ingenioso Hidalgo*,

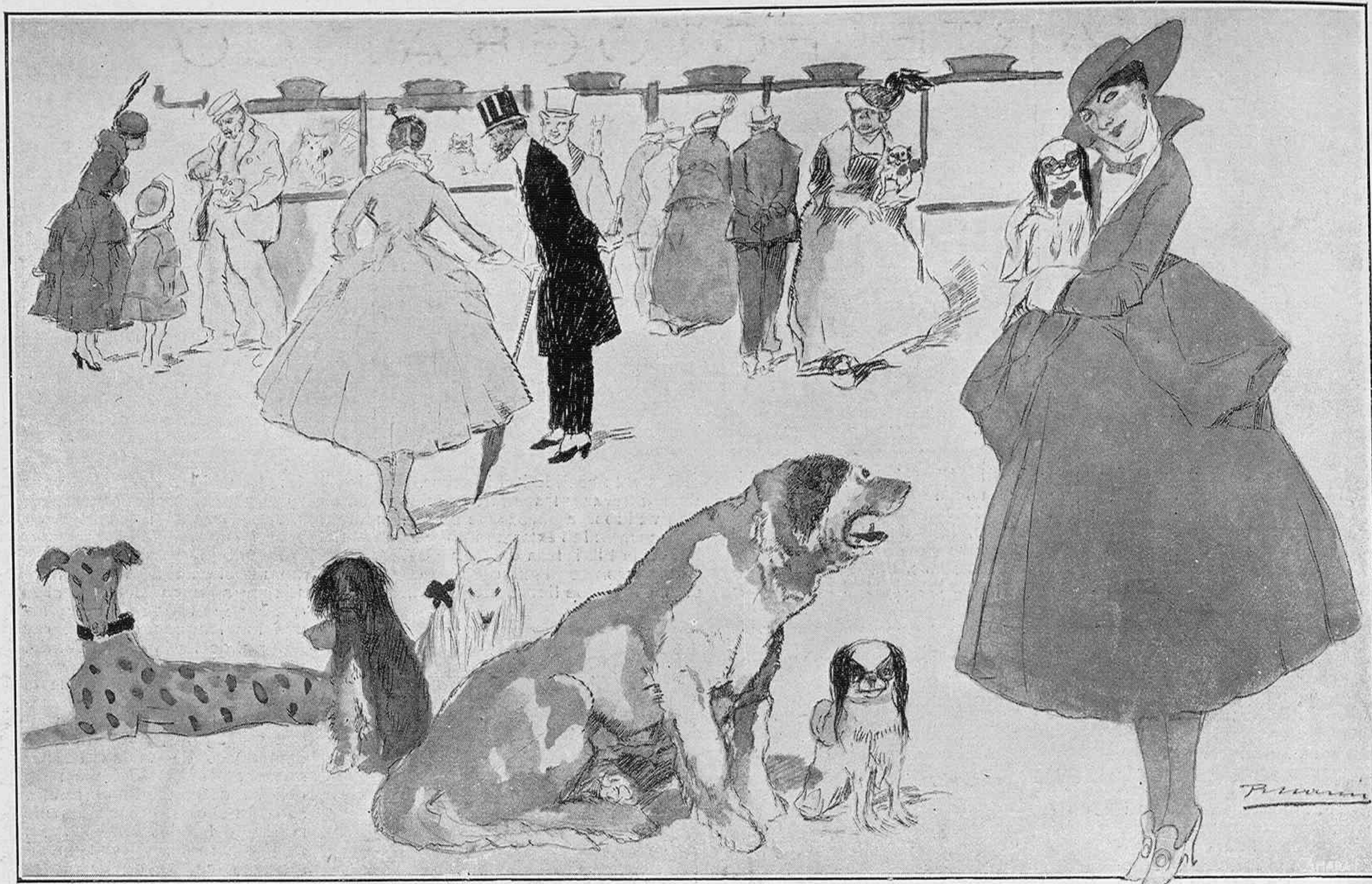
go, menos te la darán, lector sincero, las de los libros que le volvieron loco. No podía nacer esta literatura sino cuando toda Europa se estrelecía en una fiebre de grandezas. Esas

letras desdeñadas y olvidadas ahora, agarrotadas, como pudiera hacerse con un malsin, por el genio de Cervantes surgían, como surgió la mitología del alma helena. En los pueblos católicos, el hombre no podía declararse dios y se convertía en héroe. ¡Hermosa edad aquella en que podía llenarse el mundo con altos y nobles pensamientos y en que podía contentarse al vulgo con el relato de los esforzados hechos y bravas empresas de los caballeros andantes!

Y, sin embargo, los logrados de nuestra Edad de prosa y empedecimiento, los arribadores osados de las cumbres, los hijos y los yernos de los personajes, titulados del favor, licenciados en nepoterías, doctores en adulación, cobradores del folgamiento y del yacimiento pueden ver que *ningún tiempo pasado, fué mejor*, según la aseveración del clásico. Porque he aquí en estos libros de Caballería, que al Ingenioso Hidalgo se le antojaban espejos, que Félix Magno

era hijo del Rey Falangris de la Gran Bretaña; Palmerín de Inglaterra y Floriano del Desierto, hijos del rey D. Duardos; el Príncipe Florendos, hijo de Primaleon; Florambel de Lucea, hijo del rey Florineo de Esco-





EN LA EXPOSICION DE PERROS

Otros años, con la llegada de la Primavera y el arribo de los forasteros á Madrid para divertirse y holgarse con las fiestas de San Isidro, el Retiro ofrecía como espectáculo curioso sus pobres fieras enjauladas, asombro de los chicos y de muchos grandes. Ante los hierros del encierro se veían grupos pintorescos formados por garridas labradoras de Sotogrande, recios charros de Fuentefría y abultadas bellezas de Flor de la Jara. Algún húsar ponía entre ellos la nota abigarrada de su uniforme y era guía de la ingenua curiosidad de las buenas gentes. Asombrándose un poco á cada palabra, escuchaban con atención infantil la lección del húsar, y así, al volver á la quietud de su pueblo, en el recuerdo del bullicio cortesano, tenían una trágica imagen el tigre de Bengala y el león melencólico, resignado y triste en su prisión, sin orgullo ni gallardías, como si ya no tuviera concepto de su selvática realeza.

La Belleza de Flor de la Jara pasmaba á sus paisanos con la elocuente lección del húsar.

—Este es el león, el rey de las sevas. ¡Oh!

Y el concurso unánime hacía propósitos de venir á Madrid al otro año, para extasiarse en la contemplación de las infelices fieras enjauladas.

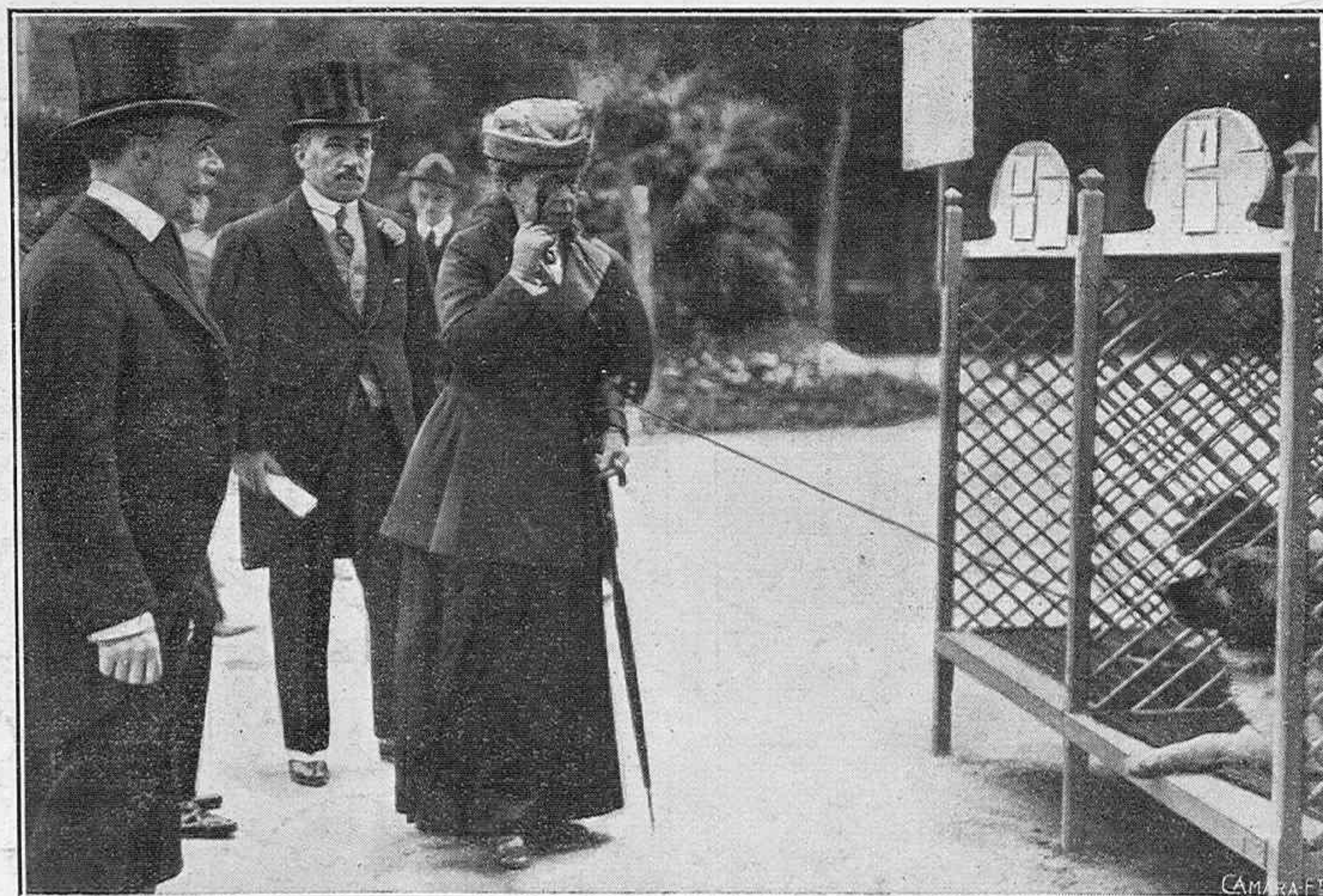
Ahora, no. Cuando la señorita Primavera se vistió de gala y llegaron las fiestas de San Isidro Labrador, no

son el tigre elástico, ni el león sin grandeza, ni el oso paciente y filósofo, los que atraen la atención forastera en el Retiro. Son los perros, los lebreles de caza, los guardianes del hogar, los menudos canes de lujo, que tienen unos días el cetro de la curiosidad, humildes y sumisos en sus frágiles jaulas, cuyas paredes de madera parecen temblar con la alborotada algarabía de los ladridos. Y también la atención ciudadana se detiene ante los calabozos perrunos, unas veces para admirar la pureza de

ésta ó de aquella raza y otras, las más, para distraerse poniendo un comentario á la actualidad.

La Exposición canina es fiesta que congrega en el frondoso parque madrileño la aristocrática juventud, la belleza castiza y la ingenuidad lugareña. Entre la algarabía de los ruidosos prisioneros se habla de carreras de caballos, de enlaces y bautizos próximos, de modas, de beneficios teatrales, de la última faena de Joselito. Y mientras tanto, un húsar, que puede ser hermano del que explicaba antaño la ferocidad del león, habla también de la pureza de sangre de un perrozo de miembros firmes y hocico de lobo. Y un buen hombre se acerca á la jaula convencido por el discurso. Y proclama asombrado:

—Sí que debe de ser de pura raza, porque mira el almohadón de seda que le ha puesto.—M.



La Reina Doña María Cristina visitando la Exposición de perros, instalada en el Retiro, acompañada del Presidente, Sr. Conde de Lérica

FOT. SALAZAR

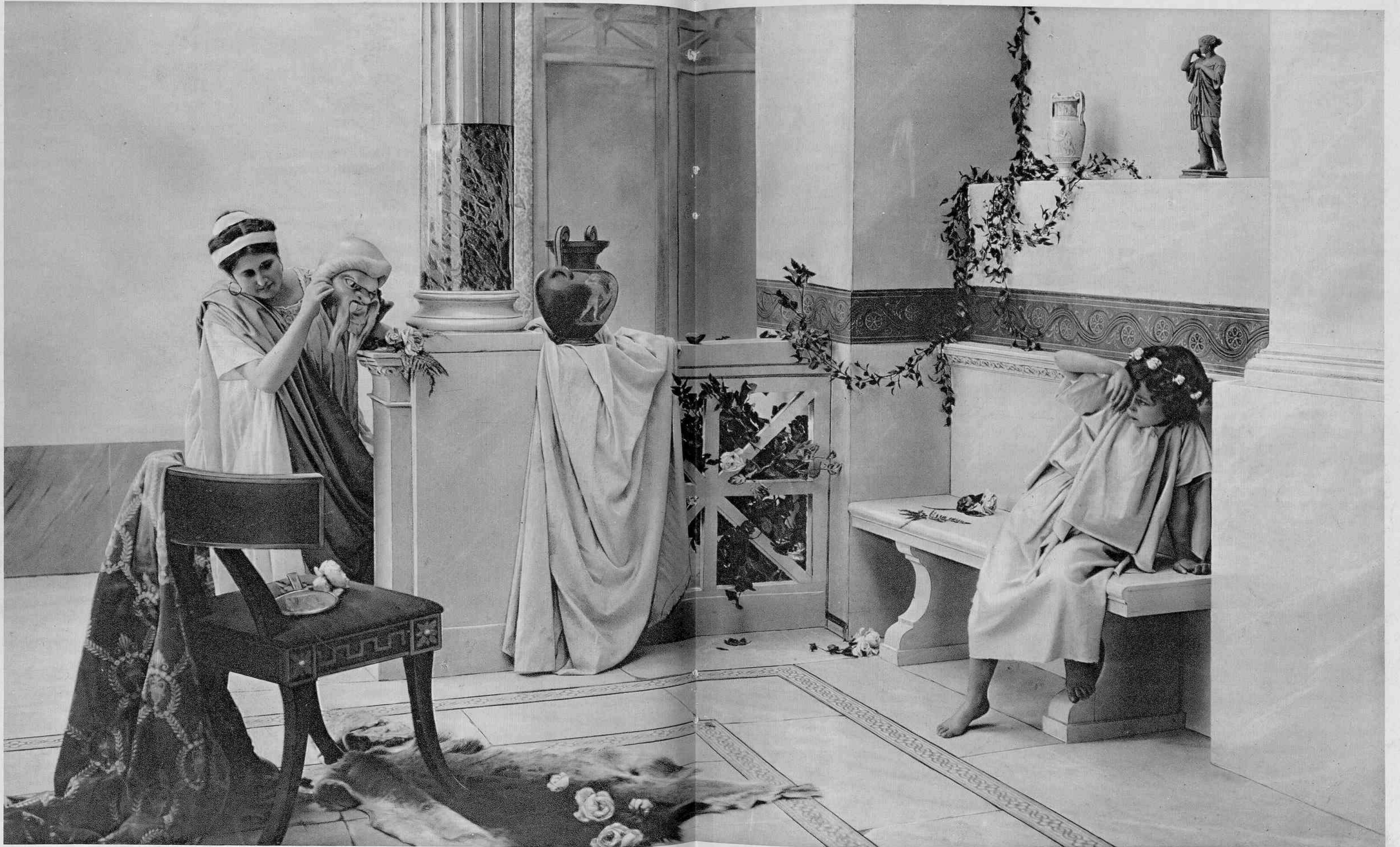
LA ESFERA
ARTE FOTOGRAFICO



LA SÉGADORA

Composición fotográfica del notable artista Casas Abarca





LA TRAGEDIA Y LA FARSA



Composición fotográfica del notable aficionado Antonio Prast

LA ESFERA

PANORAMAS ESPAÑOLES



UNA CAPILLA DE MONTSERRAT



Fot. Hielscher

LAS BELLEZAS DE GRANADA



Arcos de entrada al patio del Generalife, monumento árabe de gran mérito artístico FOT. HIELSCHER



Una pintura divina y una historia satánica



PÍO IV

PÍO V

GREGORIO XIII

SIXTO V

URBANO VII

GREGORIO XIV

HAY hombres á quienes por instinto de conservación y por decoro de la especie humana—aunque parezca una paradoja—, debía negárseles el derecho á la paternidad. La paternidad, por la que tanto claman los pueblos en donde los nacimientos disminuyen, debía ser un derecho muy restringido, limitado solamente á aquellos hombres de capacidad física, intelectual y moral demostrada y no supuesta, como se ha hecho siempre. ¡Cuántos hospitales, asilos, cárceles, presidios y cadalsos menos habría!

De estos hombres á quienes se debió negar tal derecho fué el padre de Beatriz, Francesco Cenci, barón de Assergio, de Filetto, de Pescomagiore, rico de títulos y de dineros, con latifundios en el agro romano, con posesiones en el reino de Nápoles, con palacios y rentas muy pingües y *spirito del profundo inferno*, como le llamó una crónica de su tiempo. Nació de mujer adúltera y ladrona y de varón ni seglar ni eclesiástico, pero adúltero y ladrón también. Sus primeros pasos en la vida fueron como la aparición de un huracán. No fué, según Sthen-dal lo pintara, una especie de Don Juan producido por las instituciones ascéticas de Italia en tiempo de la Contrareforma, ni como Gerrazzi lo pinta, un monstruo neroniano corleado con un baño de Renacimiento, mezcla de Mefistófele y de Fausto. No tuvo tanta grandeza. Fué, más que villano, vil en sus gustos y en sus acciones, de una vileza cobarde que se arrodiaba y pide misericordia amenudo. A los once años escasos de su vida conoce al dedillo todos los procedimientos judiciales en materia criminal, y una serie de querellas y de juicios lo arrastra por todas las cárceles, del Castello á Tordi Nona, de la de la Curia Capitolina á la de la Corte Savella. Gozaba la áspera voluptuosidad de pisotear á los débiles, de ensañarse cruelmente en gente indefensa, á la que, por otra parte, las leyes del Reino no solamente proclamaban sometida sino que la diputaban materia bruta.

Aunque la legislación en materia criminal de aquel tiempo, en Roma, como en otras partes de Italia, estaba ó debía estar regulada en los Estatutos, una multitud de bandos, edictos, bulas, decretos, removía, esfumaba y desviaba el sentido de la equidad en una selva enmarañada de fórmulas casuísticas, de contradicciones para aprovechamiento de rúbulas...

Y por encima de todo está el arbitrio del soberano y del juez, con la institución de la *composizione* (espe-

cie de multa convertida en pública pena en provecho del Erario y de los ricos), que cambia el sillón del magistrado en banco de mercader.

Francesco Cenci resume y compendia toda la brutalidad de aquella desconsoladora segunda mitad de su siglo.

Entre todos los concurrentes

á permutar crímenes por dinero fué uno de los más asiduos. A los diecisiete años apenas cumplidos, encarcelado dos veces en Aquila, *compone* por 5.000 escudos la primera y por mayor suma la otra.

Desde 1566 á 1572 no logra salvarse de doble prisión y acaba expulsado de los Estados; hiere á traición á un primo suyo, apuña á uno de sus muleteros; acuchilla á otro servidor; pone en trance de muerte á una doméstica; mata en la calle, de un arcabuzazo, á un transeunte que nada le había hecho, por el gusto de matar; á la violencia añade el escarnio; se le aprisiona, y convicto y confeso, no obstante mandar los Estatutos que la clemencia del Papa no conceda gracia dos veces, pacta y *compone*.

Por legitimación entra en la casa de los Cenci, á pesar de sabérsele nacido de mujer unida á otro en matrimonio; por *composizione* también se guarda la herencia paterna acumulada casi únicamente con latrocinios efectuados des-empañando cargos públicos, y paga 25.000 escudos, recién muerto su progenitor, y más tarde, en 1590, otros 25.000 por mandato de Sixto V.

En 1591 se le vuelve á procesar por lesiones; en 1593 por haber puesto en la calle á un vendedor, en camisa y con la cara destrozada y sangrante; en 1594, recién casado en segundas nupcias con la viuda Lucrecia Petroni, vuelve á pisar la cárcel. ¡Y hombres, mujeres y niños le acusan de horribles deshonestidades! Humildemente, en una carta al Pontífice, suplica benignidad en la pena. Pero á pesar de que los Estatutos decían claramente *si quis infandum sodomiae scelus commiserit igni comburatur ita et taliter quod moriatur*, como la pena del fuego está reservada solamente á los plebeyos, por benignidad de Clemente VIII, después de sólo mes y medio de prisión, *compone* al precio de 100.000 escudos.

A los catorce años de edad se había casado con Ersilia Santacroce. Por lo leído juzgará el lector los días de júbilo que le proporcionaría á su esposa con el tragín que llevaba de cárcel en cárcel y de burdel en burdel, arrastrado por sus feroces, por sus torpes instintos.

Si como esposo fué malo, como padre su vida da horror. Odia á su hijo Giacomo, y no contento con desheredarle porque sí y sin motivo en su testamento de 1586, le inventa una calumnia horrible y lo denuncia injustamente al Pontífice en 1594. Se niega á que sus hijos concluyan estudio alguno. Y con su ejemplo y con sus malos tratos, mata todo sentimiento moral y toda afección en el alma de sus hijos.

Y así tienen el fin que es de esperar: Giacomo muere en el patíbulo; Cristóforo, asesinado por un corso celoso de una Cilela transtiberiana; Rocco, en un duelo nocturno con un bastardo del Conde de Pitigliana.

De las tres hijas que el monstruo tuvo, la más desdichada fué Beatriz.

Beatriz, nacida el 12 de Febrero de 1577, pasó recluida en el Monasterio de Montecitorio la edad de los mimos y de los juegos. Grácil flor de la sierra, desde los siete años se desarrolló en una adolescencia magnífica. Aunque la pintura que ilustra estas líneas no sea el retrato de la desventurada Beatriz ni obra de Guido Reni, á quien se atribuye, no por eso se crea que dista mucho de lo que fué el original. Quizá Beatriz fué aun más bella.

La mayor parte de las crónicas manuscritas de la mitad del siglo XVII la describen *«piccola, ma di portamento gracioso, con occhi belli, naso profilato, guance rotonde con fossette tali che pareva sempre sorridere é pure al mento una fossetta, e bella bocca, e bionda capigliatura inanellata, che cadendole giú per la fronte le dava una grazia bellissima»*.

En su más tierna edad estuvo su espíritu agitado por visiones horribles que ella refiere en una carta á su confesor hablándole de *visioni é fantasime che la spaventavano*.

De aquellos días del Monasterio guardó memoria siempre, hasta en su postrera y triste hora, en la que benefició con tres legados distintos á las monjas, y en particular á Sor Ippolita, maestra de su hermana Lavinia y celadora suya.

Desde que salió del convento, su vida transcurrió en continuo sobresalto, en un ambiente triste y de tanta corrupción, que para ella el Monasterio de sus días infantiles, pese á la vida claustral exenta de juveniles alegrías, era oasis de paz muchas veces añorado. Su madrastra ó vegetaba plácidamente en las ausencias de su feroz marido, ó se plegaba atónita, estupefacta, á los antojos horribles de Cenci. De los hijos varones, Cristóforo y Rocco, expulsados arbitrariamente del hogar, no cambiaban saludo con su padre; Bernardo, de doce años, que huyendo de la furia paterna saltó por una ventana y se le recogió por muerto, y que otra vez había sido herido por el propio autor de sus días, crecía, como es de suponer, dado el ejemplo que recibía, entre la liviandad y los vicios; Paolo, desterrado por su inhumano progenitor desde muy tierna edad, sin compasión á su débil naturaleza enfermiza, moría apenas cumplidos los quince años.

Y, sarcasmos de la vida, la curia, que por aquellos días tenía á Cenci encerrado en la Cárcel Capitolina por delitos y pecados de horrible torpeza, volvía á ponerlo en libertad, como he dicho, al precio de 100.000 escudos de oro...

En seguida, para que nadie se entrometiera ni impidiese su tiranía en el hogar, llevóse á su mujer y á su hija lejos de Roma, al solitario castillo de la Rocca Petrella.

Francesco Cenci, que no solía bajar al llano, gustaba de vez en cuando pasar la jornada en Villa Marzia, guardada de bandidos, ó en el convento de los Franciscanos, distante un tiro de arcabuz de su mansión, y donde muchas veces hizo noche. ¡Curioso dato para su psicología aquella mixta predilección por los frailes y por los bandidos!

Allí las dos mujeres llevaban una vida lastimosa. Presas en destartalada estancia, se morían de tristeza y de aburrimiento cuando no les sacudía la modorra del tirano con un vergajo que para más horror de



INOCENCIO IX



CLEMENTE VIII

las desdichadas tenía, cuando no lo usaba, colgado en la pared.

No hubo injuria, bajeza, grosería, crueldad ni privación con que no atormentase aquel monstruo á las dos infelices.

Beatriz, añorando la tranquila existencia conventual, piensa lo feliz que sería, ¡á los dieciocho años!, tomando el velo de religiosa. Y durante una ausencia del padre, que de vez en cuando hacía una escapada á Roma, escribe á su hermano Giacomo, casado, rogándole que busque modo de meterla en un convento; escribe á su tío Marcelo Santa Croce, implorando su ayuda, suplicándole que la librase de su tortura constante, *se non volea*—dice textualmente—*facesse qualche pazzia*, y finalmente envía un memorial al Pontífice, pidiendo que libre á ella y á su madrastra de su mísero estado.

¡Nunca lo hubiese hecho!

Enterado Cenci de aquellas desesperadas instancias por el cardenal Salviati, que le mandó cesase de torturar á las infelices, metió en un calabozo á Marzio Catalano, que había llevado la misiva á Roma, apaleó brutalmente á Beatriz, y arrastrándola por los cabellos la llevó á una estancia apartada, donde la tuvo recluída mucho tiempo, sin confiar á nadie su custodia. Igualmente encerró y maltrató á su mujer, para que, no viéndolas, nadie pudiese enterarse de sus lamentaciones.

Para el espíritu delicado de Beatriz no debió ser lo más doloroso su tormento. Otra pena mayor debía roerle el alma: el haber perdido la fe en el autor de su vida, en el propio padre, el ser que todo hijo supone el más digno de todas las veneraciones y de todos los respetos y de todos los amores. ¡Quizá al pronto fué ésta su mayor amargura! Llegar á envidiar á muchos criminales por abyectos que fuesen, porque á no pocos de ellos les quedaría en su aflicción, como un consuelo, el orgullo de pensar que su padre ¡su padre!, era un hombre honrado, incapaz de atentar contra nadie y menos contra sus hijos, mientras que ella tendría que horrorizarse cada vez que escuchase el enternecedor nombre de padre.

El 10 de Septiembre de 1599, Francesco Cenci fué encontrado tendido y yerto al pie de un parapeto con una herida en el temporal izquierdo, cerca del ojo, y una grave hendidura en el occipital. Se creyó que la muerte y las lesiones habían sido consecuencia de una caída, y se le dió sepultura más cristiana de lo que merecía.

El 5 de Noviembre *ad denunciam secreti instigatoris* comenzó el proceso.

Llevado *ad locum tormentorum*, Marzio Catalano declaró que Beatriz y Paolo, su hermano de quince años, le habían inducido al crimen; «que se había pensado al pronto poner á Cenci en manos de los bandidos, que les librarían de su tiranía á cambio de unos miles de escudos; que como el propio Marzio Catalano no había cumplido su misión de tratar con los bandidos, Olimpio Calveti, custodio de la Rocca Petrella, se trasladó á Roma para obtener el consentimiento del otro hijo de Cenci, logrado el cual se volvió con las raíces y el opio que debía Beatriz suministrar á su padre en la comida; que no habiéndose podido tampoco seguir este plan, se había ideado otro. El domingo anterior al crimen, Marzio y Olimpio asaltaron la Rocca Petrella por medio de una escala y se introdujeron en la estancia de Beatriz, con intención de asesinar al conde en la madrugada del lunes. Por falta de ocasión y de ánimo se demoró la ejecución de su proyecto. En la madrugada del martes, Lucrecia, la esposa de Cenci, se opuso también á que se realizase por un escri-

pulo religioso; era día festivo, la Natividad de la Virgen, y le parecía muy grave pecado celebrarlo con efusión de sangre.

»La tarde del mismo día renovaron la tentativa, cuando una inoportuna tos atacó á Olimpio, y sobrecogiéndolo á todos, les forzó á otra demora.

»Beatriz reprochó acremente aquellas dilaciones. *¿Por qué tanta cobardía? Había ella de confesarse con Dios y asumir toda la responsabilidad de su pecado.*

»Por fin volvieron todos á la Rocca. Beatriz les precedió en la estancia donde Cenci dormía, y abrió la ventana para que viesen mejor.

»Olimpio lanzose en seguida sobre Cenci, comenzó á golpearle en la frente y en el pecho, de canto y de punta, con un martillo lombardo...»

Los Cenci, en el careo consiguiente, negaron veracidad á esta declaración. Y Beatriz con más

gado, no pudiendo ya soportar la tortura, grita: *—¡Signore, misericordia! Che volete che io dica? Ditemelo voi che diró quel che volete!...*

Y por fin declara lo que se quería que declarase: era cierto. Y al crimen no le habían inducido los malos tratos y el encierro sufridos por arbitrariedad de su cruel padre, sino otras razones: había oído á su propia madrastra que, mientras viviese aquel hombre, su vituperio sería continuo:

—Ed egli te vituperará e te togliera l'onore e te farà mille male...

Sabía que Olimpio odiaba al conde porque le había ofendido en lo más vivo del honor, seduciéndole, con violencia, á la mujer, y le había oído hablar de muerte; había sabido que los hermanos consentían y que Marzio Colonna, por fines particulares, quería la muerte del feroz conde...

Y no se disculpa con lo que le hizo padecer Cenci, ni con sus repetidas instancias dirigidas, en vano, á su tío, á sus hermanos, al Papa. Pero, el mismo día, escribe á su defensor: *No sé cómo arreglármelas para no caer de un mal en otro. ¿Qué mal, peor aún que su confesión, podía temer si declaraba con mayor claridad?*

Diez días más tarde escribe al Cardenal Pietro para que haga llegar al Papa *la verdad* de su horrendo caso. «Cuando Su Santidad sea dignada saber la verdad de todo lo ocurrido, me resigno á padecer todo suplicio, que no me parecerá duro por grave que sea...»

¿Qué era lo que no se atrevía á declarar sino al Supremo Pontífice?

El monstruo cuya muerte trataba de vindicar la justicia humana había querido una vez hacer víctima de sus instintos, que como se ha visto no podían ser más odiosos, á un hijastro suyo, y en su abyección moral llegó hasta á pretender la complicidad de la madre, su propia é infeliz esposa, á la que no dejó espanto por conocer aquella fiera. Y se disponía por la violencia á satisfacerse, cuando el mozo buscó la salvación en una fuga desesperada. La misma medida tuvieron que adoptar sus dos hijos menores, Bernardo y Paolo, por verse mirados por su padre con los mismos y torpes ojos que su hermanastro. De una bestia así, ¿qué podría esperarse? Estas palabras del confesor de Beatriz: *excusanda videtur Beatrix quae patrem delinquentem et stuprum committere volentem occidit.*

De nada le valieron. La justicia humana colmó su cáliz de amarguras, condenándola igualmente que á su madrastra á la decapitación. Su hermano Giacomo Cenci fué condenado á ser atenazado con tenazas candentes á lo largo de las calles, y á ser machucado en el cadalso y luego descuartizado. Algunas crónicas de aquel tiempo señalan como *benignità grande* de Clemente VIII, que en vez de condenar también á muerte á Bernardo, el hermano menor, se le condenase á vivir en rigurosísima prisión durante un año, y á remar en gáleras, después de haber presenciado el horrible suplicio de su familia.

Los jueces, en las actas del proceso, llamaron á Francesco Cenci *figliuol diletto al nostro cuore e alla Chiesa.*

Pese á la sentencia, la tradición popular creyó siempre inocente á la desventurada Beatriz. El pueblo, con más instinto de justicia que los curiales y los cortesanos que la condenaron, puesto que no había de lucrarse con la confiscación de los bienes de los Cenci, la proclamó *bellissima* y *valerosa* y la evocó siempre con piedad y simpatía.

E. GONZÁLEZ FIOLO



BEATRIZ CENCI

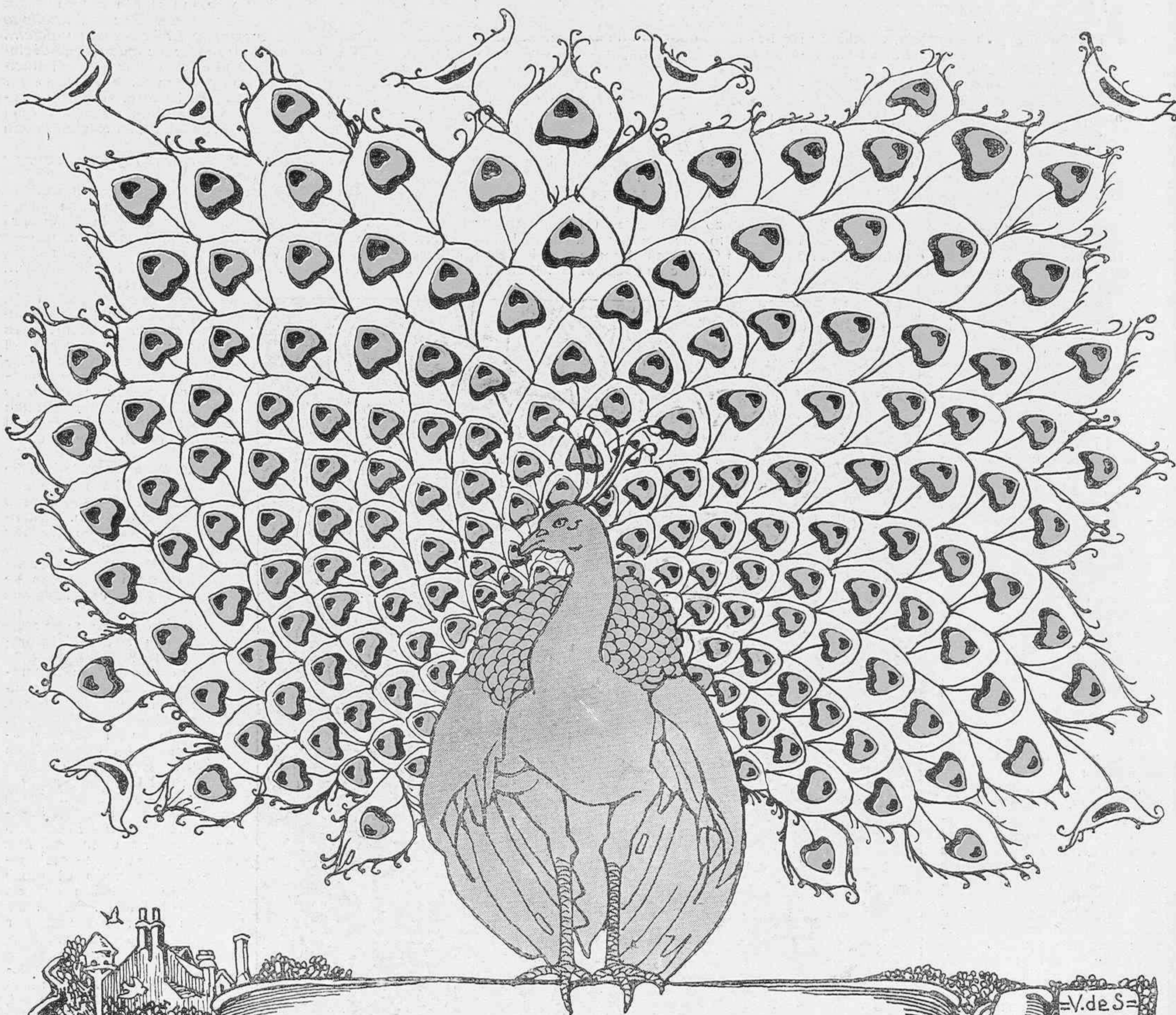
Cuadro atribuido á Guido Reni, existente en la Galería Barberini, de Roma

firmeza que nadie. El proceso se desenvolvió tan lenta como irregularmente. Al principal acusado, Olimpio, no se le prendió ni se hizo gran cosa por prenderle.

Beatriz escribió al astuto Cardenal Aldobrandini rogándole que presentase al Papa una petición suya, porque *muchacha sin guía ni consejo, martirizada y opresa por el autor de sus días, no tuvo antes quien la protegiese y salvase, y en la miseria presente tampoco hay quien la recuerde ni defienda.*

La respuesta fué un *motu proprio* que parecía más bien explosión de ira que palabra de magistrado. Se ordenaba al juez proceder contra los Cenci con todo género de tormentos, guiándose por indicios, sin atenerse á la forma procesal ordinaria, no conceder copia del proceso, no admitir defensa y pronunciar sentencia de muerte y confiscación de bienes.

Giacomo, Lucrecia, Bernardo, sometidos al experimento de la cuerda, se confesaron reos. Beatriz, que en diez declaraciones había ne-



EL PAVO REAL

Mientras el gallo da su «¡Hola, quién vive!», al mundo matinal, abre la aurora de su cola su majestad el pavo real...

Su hembra, la pava, se extasia en una muda admiración cuando á la blanca luz del día luce la cola del pavón.

En las plumas irisadas de las colas de los pavones hay un asombro de miradas y un ensueño de corazones...

Y si son blancos los pavones su cola es como un mar de espuma y, en vez de bellos corazones, hay una perla en cada pluma...

Mientras el gallo, siempre alerta, toca á diana en su corral el sol espléndido despierta y abre su cola sideral.

«¡Soy el pavón de las estrellas!», proclama el sol en su canción; «y yo, entre las aves más bellas, soy el sol», vozna el pavón.

«Pavo y señor, dice la pava, ¡oh maravilla de armonía!, ¿quién al mirarte no te alaba, si eres la misma poesía?»...

Todos los gansos de la alberca, (para humillar á los cisnes del lago) llaman al pavo, con voz terca, rey de las aves, sol y mago...

La envidia arrastra su murmullo entre las aves del corral cuando el pavón (desdén y orgullo) pasa triunfal...

Goy DE SILVA

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

BELLEZAS ARISTOCRÁTICAS



MARÍA ESCRIVÁ DE ROMANI Y SENMENAT
Marquesa de Espinardo, hija de la Condesa de Alcubierre
y del difunto Marqués de Monistrol, una de las jóvenes
más bellas de nuestra aristocracia

FOT. KAULAK

ATENCION
AL CLIENTE
SERVICIO

CAMARAFOTO

15 de Mayo de 1914

ESPAÑA MONUMENTAL



Portada del género barroco de la iglesia de Montesión, de Palma de Mallorca FOT. BONILLA

UNA ESTAMPA DEL SIGLO XVIII



DIBUJO DE BARTOLOZZI



BARTOLOZZI

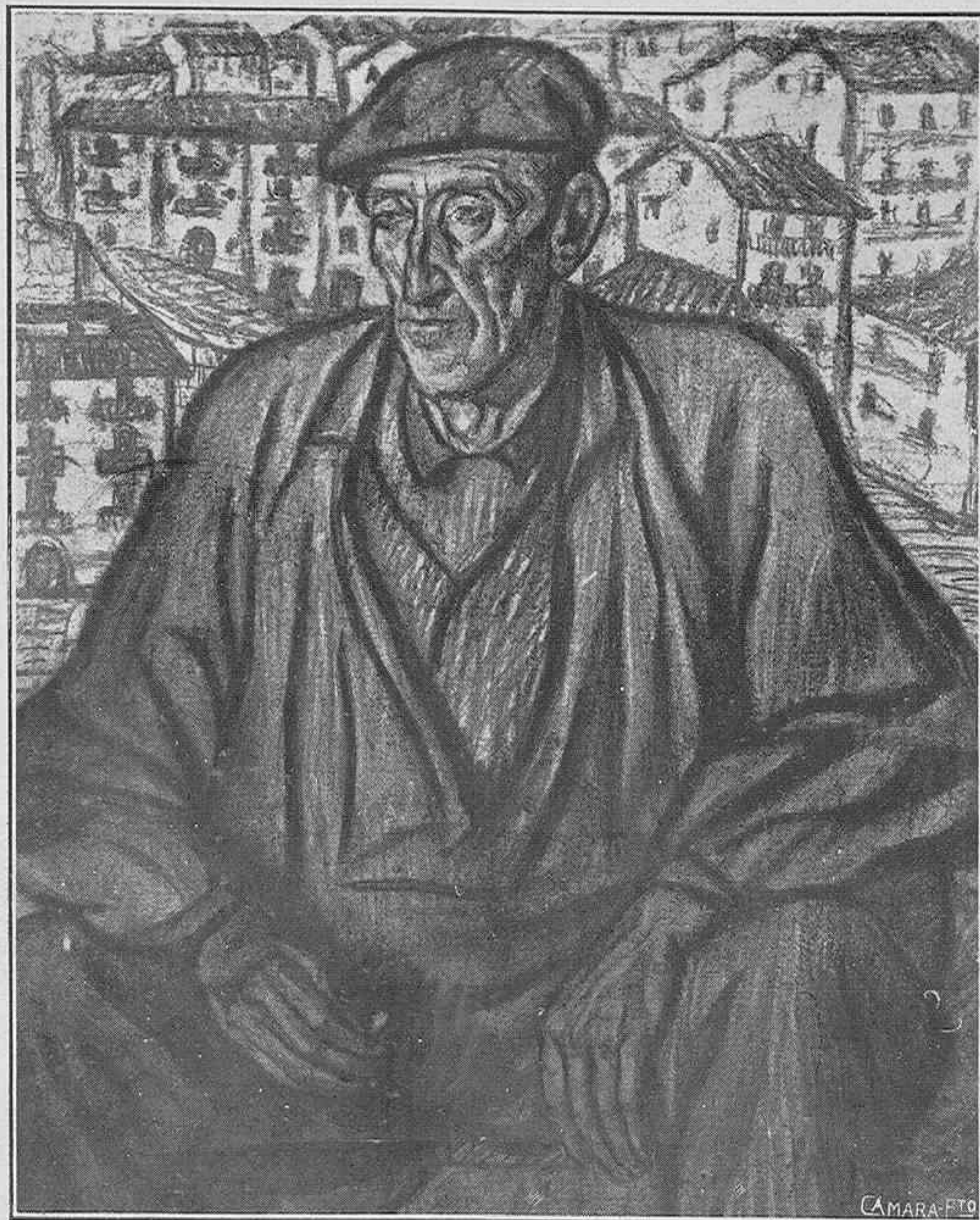
Galantes pastorelas, fiestas de carnaval;
la vida se desgrana muy dulce en el jardín
del Trianón, y en las calles ruge el dolor social
y afila sus cuchillas Maese Guillotín.
Suenan lentas pавanas, galantes minuetos
de los jardines griegos en las floridas calles,
y mientras se deshojan los frívolos sonetos,

con hachas y con picas la turba va á Versailles.
Fué un triste despertar... Las divinas coquetas
le dieron al verdugo la albura de su cuello,
é iban adoloridas, en las tristes carretas,
porque no las dejaron empolvarse el cabello.
Querían, las mimosas, tener un lindo porte
con las uñas pulidas y la cara pintada,

é ir á la guillotina como á un baile de Corte,
á un baile que, en su honor, diera la Descarnada.
Fué la última gavota... Tuvieron las princesas,
como postre adorno, sangriento corbañn,
y en la danza macabra de las rubias marquesas
fué el maestro de baile Maese Guillotín.

E. CARRÉRE

BELLAS ARTES
DOS EXPOSICIONES IMPORTANTES



"Tipo vasco", dibujo al carbón



"El pobre sablista", cuadro al óleo

(Originales de Juan Echevarría)

EN un nuevo saloncito, bien acondicionado é independiente, del Ateneo, ha expuesto recientemente Juan de Echevarría, veintiocho obras suyas, entre cuadros al óleo y dibujos.

Juan de Echevarría es bilbaino. Rivalizan desde hace algún tiempo vascos y catalanes en buscar cauces á su sensibilidad y moldes á su técnica en las modernas escuelas postimpresionistas. A cada nueva exposición de jóvenes artistas de Cataluña ó de Vasconia, se barajan los nombres de Gauguin, de Paul Cezanne, de Guerin, de Seurat, de Van Gogh, de Flandrin, incluso de Maquet, Cornelio Maks y Van Dongen, colocados ya en planos inferiores de los otros en que ofician apostólicamente los ídolos de la pintura moderna.

No puede, en ningún modo, parecernos reprobable este afán de identificación con la naturaleza, este alejamiento de los preceptivismos estéticos aunque sea para caer con Gauguin en la imitación del arte salvajista de los tailianos y con Cezanne á considerar como artículo de fé pintar con el tubo de la estufa.

Es un ansia de renovación, un legítimo deseo de profundizar en los secretos espirituales y en los enigmas visuales al mismo tiempo; una protesta de la vulgaridad y ya por el simple intento de tales liberaciones, el artista que las emprende merece nuestro respeto.

Sobre todo, cuando, como en el caso de Juan de Echevarría, asoman las excelentes cualidades de pintor y las características de la raza por encima de las influencias estéticas.

Marca el arte vasco contemporáneo un sello de extraordinaria pujanza y una sagrada inquietud de perfeccionamiento. Y esto se nota en todos los afiliados por nacimiento y por temperamento á



"Gitanos granadinos", cuadro de Juan Echevarría

dicho arte, desde Ignacio Zuloaga—que ahora en Zaragoza ofrece el maravilloso espectáculo de sus insatisfechos rumbos dentro de la rotunda afirmación de belleza—hasta Eduardo Egozcué, enfermo de cubismo. Y dentro del amplio paréntesis: los Zubiaurre, Maeztu, Salaverria, Echevarría, y tantos otros que armonizan como si fueran calidades coloristas, la rudeza y la ternura, el vigor y la languidez, la brava aspiración de las cumbres y el blando, sonriente candor de los valles. Siempre que hemos hablado de algún artista vasco en estas páginas, hemos hecho constar que el encanto de su arte brotaba de los étnicos contrastes de la tierra que le vió nacer, tan claros y delimitados.

No sucede—al contrario de otros pintores contemporáneos orientados por las mismas tendencias estéticas—con la obra de Juan Echevarría, que se rectifique y se inferiorice á cada nueva contemplación. Todo lo contrario: se ratifica, mejora de concepto, descubre nuevos méritos.

En primer término hallamos la sinceridad espontánea y sin trabas para expresar la visión. Lo mismo en los acordes graves, profundos, en que el color parece adquirir sonoridades de armonio, que en las gamas finas, frías, de un cromatismo saltarán que tienen la frescura de una mañana vernal salpicada de trinos y de cristalinos ecos de fontanas.

Estos dos aspectos del temperamento de Echevarría muéstranse en las naturalezas muertas y en los paisajes, más que en las figuras. Aquí maneja la materia con una voluptuosidad patricia. Allí la extiende como velos suiles. Frente á los profundos, verdaderamente oleosos, apuntes de Ondárroa que hablan en el tono mayor de los maestros



JUAN ECHEVARRÍA

de otro siglo, las suaves intimidades, las casi femeninas delicadezas de azules y verdes, como lavados de su agresividad enteriza, como soñados á través de las norteñas nieblas de Vasconia...

Estos fondos fríos, finamente evocados con pinceladas demasiado sobrias sobre el lienzo, permiten luego recortar de una manera enérgica

las figuras. Aquí aparece otra cualidad notable de la sinceridad pictórica de Juan Echevarría. Casi todos sus modelos de figura son gitanas granadinas. Unas gitanas hoscas, greñudas, sucias, bizcas, en todo el animal horror de la repulsión instintiva que nos causan. Se adivina en estas gitanas, pobres de indumentaria y desterradas del prestigio sensual de su raza caldeada por el sol de Oriente, que Juan Echevarría es un espíritu disconforme con su vida. El ensañamiento con la figura humana, esa complacencia en hallar los seres maculados por miserias físicas ó miserias sociales—véase *El pobre sablista*—contrasta con el amor que interpreta telas, cacharros, flores, estatuillas ó el campo libérrimo. Incluso en sus dibujos recios, casi agresivos de realismo, como los de Eugenio Zak, de pescadores y aldeanos vascos, se recuerda la frase desconsoladora de Papini; «Si queda todavía un poco de inteligencia en el mundo será preciso buscarla entre los autodidácticos ó los analfabetos».

No será ésta la última vez que hablemos del joven pintor vasco. Su arte, tan poderosamente sugeridor, tan bifurcado de senderos sentimentales ó intelectuales, merece más extensos comentarios. Pero por de pronto aseguramos que en el nuevo saloncito del Ateneo hemos asistido á la revelación de uno de los más notables pintores españoles de nuestra época.

ooo

Bien distinta es la revelación del pintor gallego Germán Taibo en la sala del Palace Hotel, donde se celebró la magnífica exposición de Federico Beltrán.

Germán Taibo es un repatriado. Voluntariamente se expatrió, y, fuera de España, ha obtenido triunfos en Francia y en América. Uno de los cuadros que ahora expone—*Pastoral*—obtiene el rótulo de medalla de plata en el Salón de París.

Taibo, que es un artista interesante, evoca distintos antecesores que Echevarría. En sus lienzos de composición se recuerdan, por ejemplo: Alma Tadema, el intérprete burgués del alma helénica y Etienne Dinet, el intérprete acro-



"Tipo parisién", por Germán Taibo

mado de la vida árabe. En sus desnudos—que con las marinas constituyen lo mejor de su arte—hallamos también las huellas realistas de un Anders Zorn ó de un Sorolla.

En sus retratos... No; no hablemos de sus retratos que nos parecen lo más inferior de todo.

El Sr. Taibo tiene una paleta jugosa y unos pinceles nerviosos á ratos y á

ratos demasiado minuciosos. Ama la luz por la luz y esto le perjudica á veces en que sería muy grata la penumbra ó por lo menos, discretas veladuras.

No se halla tampoco exento de vulgaridad que poco á poco irá perdiendo como lastre no solo inútil, sino peligroso. Como, por ejemplo, el innecesario alarde naturalista—obsceno más bien—de poblado vello en el más acabado y mejor de sus desnudos femeninos; las botas deformadas, que tiene una modelo desnuda junto á sus pies; la horrible banqueta en que sostiene un jarrón de mal gusto en un retrato de señora; las piernas hinchadas del pastor echado de bruces en el primer término de *Pastoral*.

Pero, insistimos, el señor Taibo se curará de estos defectos. Ennoblecera un poco más su arte en cuanto le despoje de esos detalles y elija mejor y más contemporáneamente sus asuntos.

En él existen condiciones de pintor que no debe desaprovechar. Así lo afirman los desnudos y las marinas. Estas, sobre todo, verdaderamente notables.

ooo

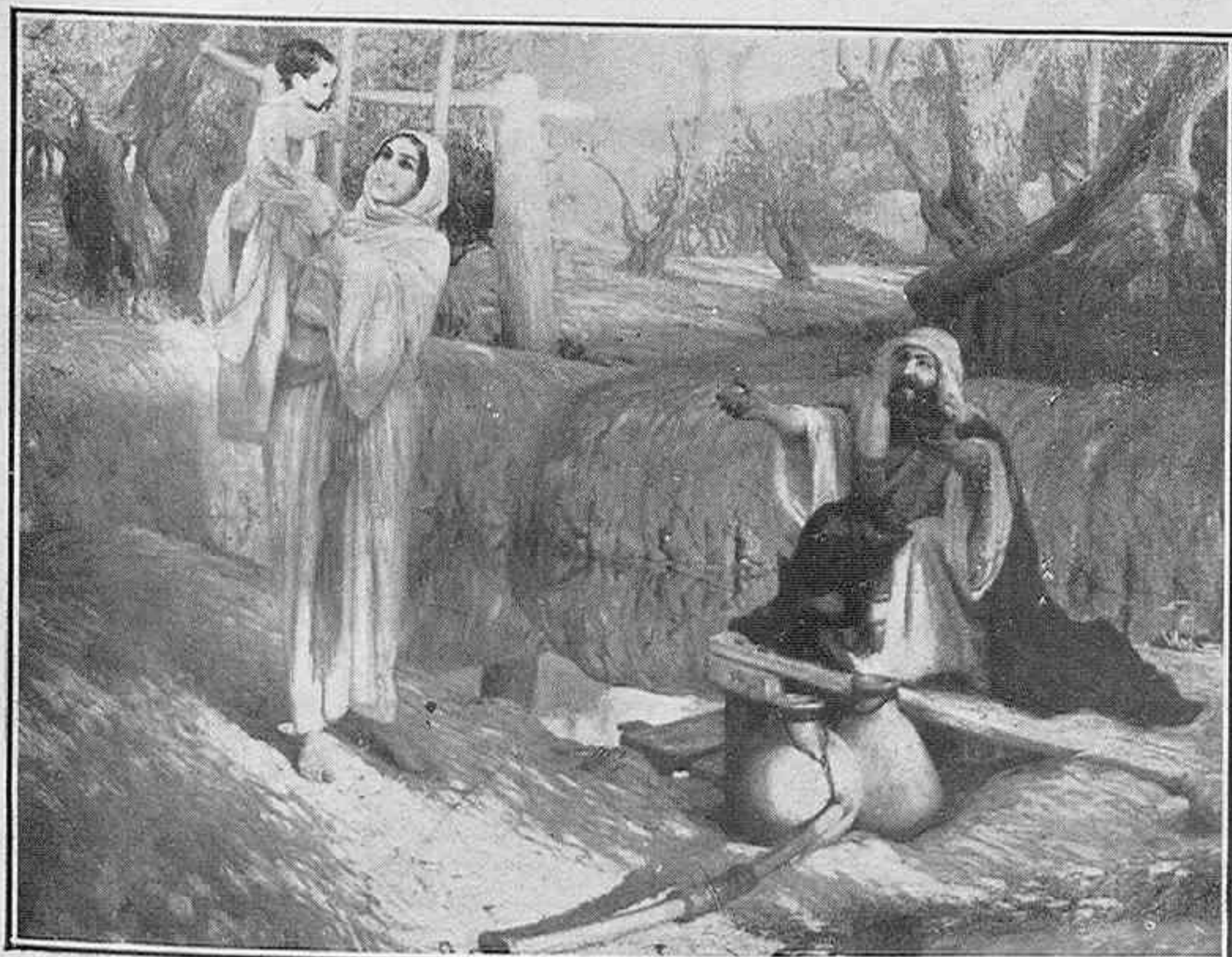
Creemos altamente beneficiosa para el arte esta profusión de Exposiciones que ofrece Madrid. Mucho más lógico es también estudiar aisladas las personalidades artísticas que no confundidas en la turbamulta de los Certámenes Nacionales. Así, ahora, además de las de Echevarría y Taibo, puede visitar el aficionado á las bellas artes las Exposiciones de Corral, en la Casa de Galicia; de López Morelló, en el Salón Lacoste, y de Gimeno, en el Salón Vilches.

Imeldo Corral es un paisajista gallego de extraordinario talento, que une á la maestría técnica su sensibilidad agudizada hasta la hiperestesia.

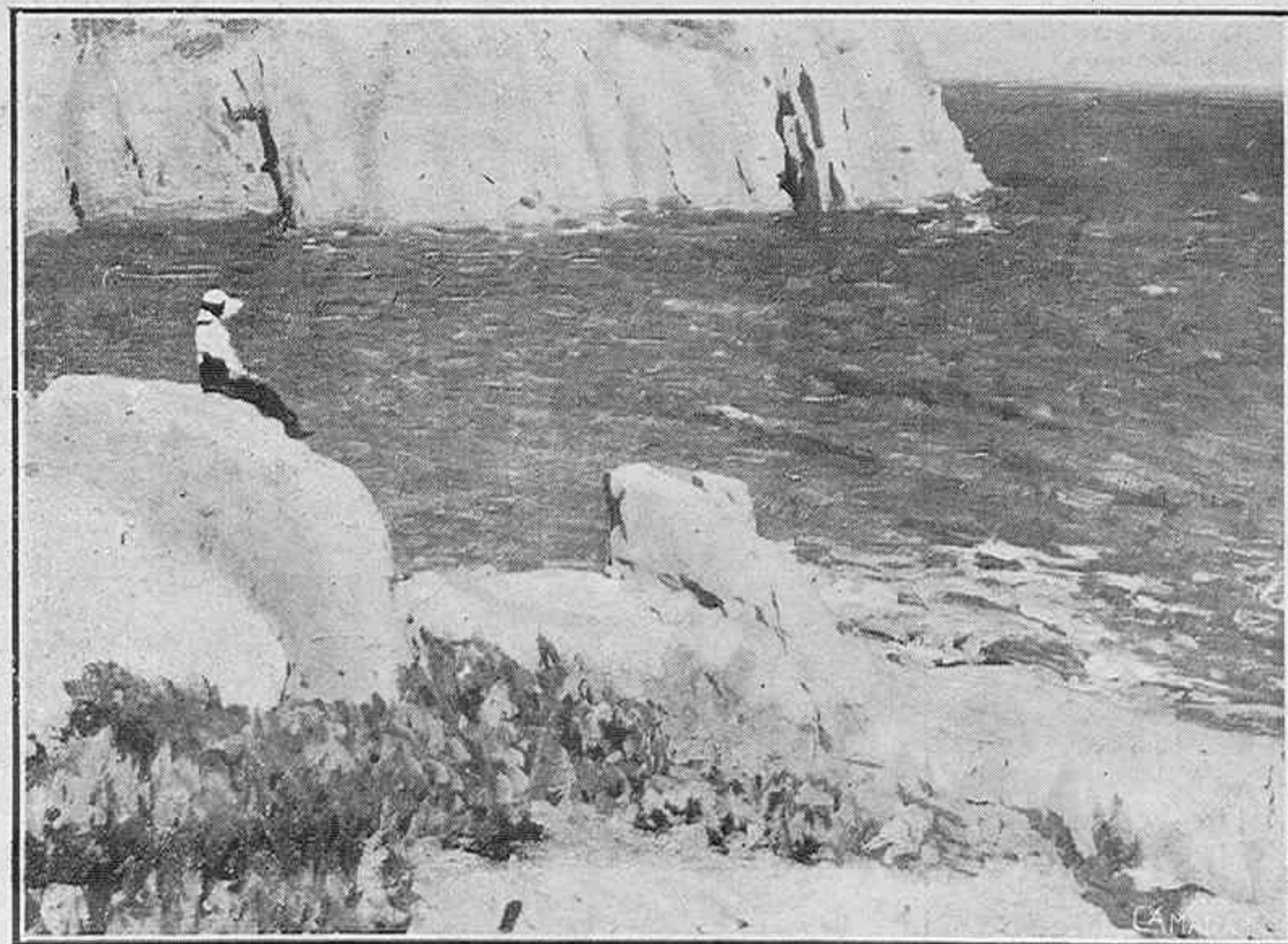
López Morelló acaba de obtener un premio en el concurso de dibujos del *Heraldo*. Tiene quince años y un porvenir luminoso.

En cuanto al Sr. Gimeno, nos advierten que se trata de un caso de intuición... en la vejez. Francisco Gimeno era, hasta hace poco, un obrero de la pintura. Recientemente abandonó el oficio y empezó á pintar cuadros, muchos cuadros.

SILVIO LAGO



"Escena bíblica"



"Marina"

(Cuadros de Germán Taibo)

DE NORTE A SUR

El ejemplo de los animales

Pocas novelas contemporáneas dejan en el espíritu la huella profunda que *El libro de la selva* de Kipling, y *La isla del Doctor Moreau*, de Wells. Hijas ambas de fecundas imaginaciones se unen con el nexo común de la curiosidad humana frente al mundo animal; pero las separa la tendencia y el procedimiento literario. Kipling aureola su libro con poéticas luminosidades. Encalientura Wells el suyo con científicos portentos. De alma dota aquél a la bestia; ve extinguirse éste en la bestia el espiritual soplo de que pretendiera animarlas con crueles vivisecciones.

De Baloo, de Bagheera, de Shere Khan, incluso de los *bandar-log* inquietos y frívolos, aprende el hombre, simbolizado por Mowgli, enseñanzas de valor y sabiduría. De los seres humanos simbolizados por el doctor Moreau y Montmorey, son tragi-cómica caricatura el hombre leopardo, el hombre perro, el hombre toro y los *aï's* ó «perezosos», que decían con voz de salmodia y ademanes lentos: «No andar nunca á cuatro patas. Esta es la ley. ¿Acaso no somos hombres?»

En el fondo, estas dos novelas responden con sus fabulosas aventuras á la íntima pregunta que pocos hombres tienen la ingenuidad de hacer en voz alta

Enigma y revelación es al mismo tiempo el mundo animal, según quien le interrogue. Mutuos ejemplos cambiamos los humanos con las bestias y fuerza es reconocer que nosotros no perdemos con el cambio, dicho sea sin pretexto de fácil retruécano para esa laya de individuos que viven de hacer comedias cretinizantes.

¿Acaso no estamos los hombres tan orgullosos de nuestra condición de bípedos? ¿Tenemos no obstante la seguridad de que sea ésta la posición normal?

Miss Justina Johnson, de Nueva York, lejos de dudarlo, afirma lo contrario. Y la señorita Johnson, de Nueva York, tiene derecho á defender esa opinión, porque precisamente su acercamiento á la primitiva animalidad le ha valido un premio de belleza de 5.000 dólares.

Como prueba de lo certero de sus teorías, la señorita Johnson ha presentado la belleza y la perfección férrea de su cuerpo. Pero ésto no era bastante, y para reforzar sus afirmaciones plásticas ha publicado un libro

Viene el libro de la señorita Johnson á remover el darwinismo. No la envanece su hermosura, hasta el punto de desdenar entre sus ascendientes al orangután. Si en fiestas y en saraos exhibe la gentileza de su cuerpo y la gracia femenina de sus ademanes, aconseja para la intimidad del hogar la actitud de los cuadrúpedos, basándose en que los animales rara vez padecen indigestiones y trastornos intestinales.



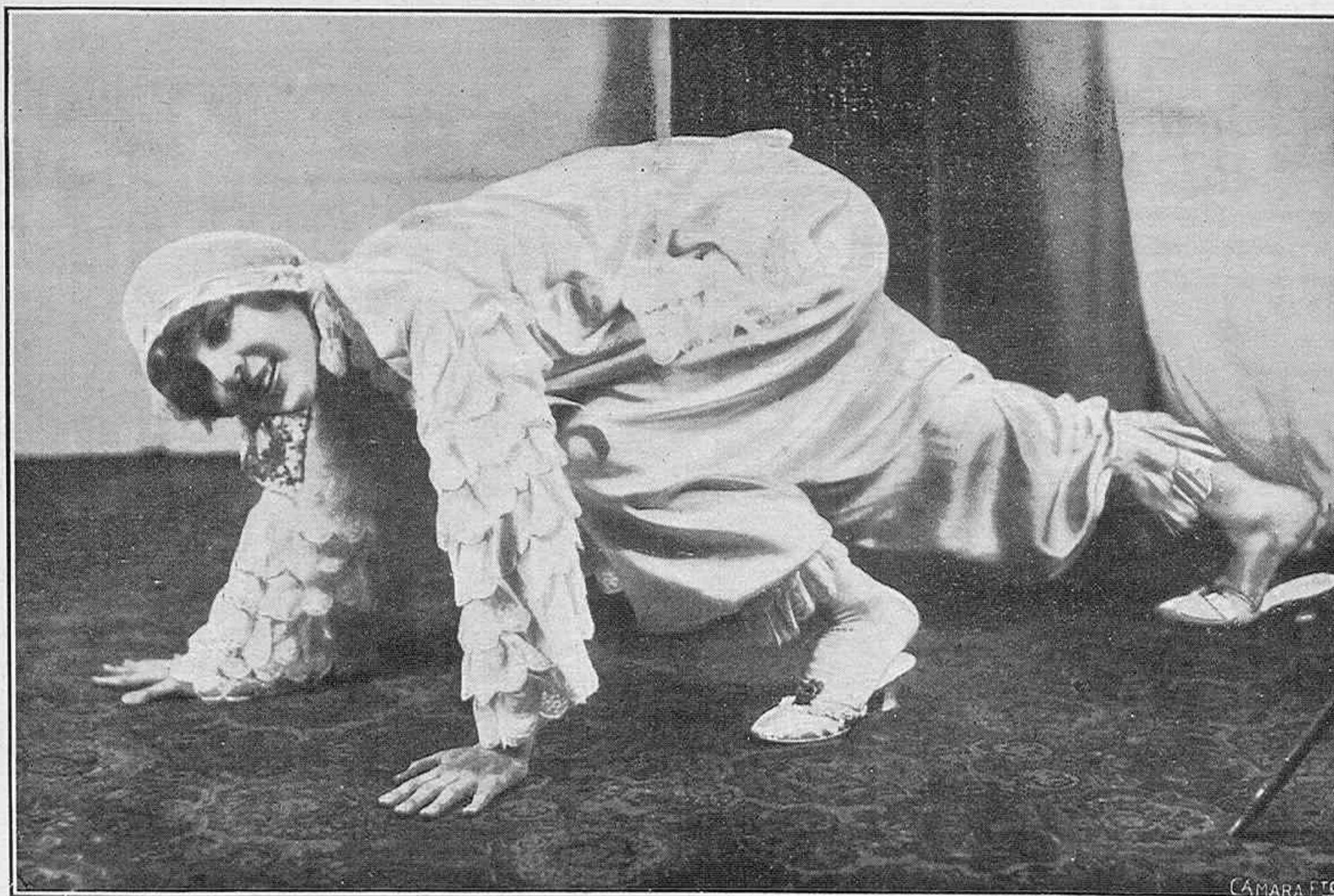
MAMAS DE FRANCIA

—Sin embargo, mamá, hay otros tan valientes como yo.
—¿Como tú? ¡Como tú, no hay más que uno solo! (Dibujo de Guillaume)

cesiva que impulsó á Alemania á la sed de nuestros territorios, que el dolor de cada madre estaría en razón directa del número de hijos que entregara estúpidamente á la guerra. Pero no se daría la justa medida de la heroicidad maternal. No vaciló la madre francesa en entregar el hijo que no educó para la guerra. Sabía que era el único; que no podía restarle el consuelo de que pereciendo dos ó tres aún le quedara alguno, como sucede en las razas y en las especies inferiores.

Y, sin embargo, no vaciló en despedirse del hijo único. Le acompaña hasta la estación y no llora, no tiemblan sus manos en las de él, evita que flaquee el filial valor con su propia flaqueza. Le pone una mano en el hombro, un beso en la frente y una palabra en el corazón: ¡Courage!

Y si le matan, la madre francesa no culpará á Dios, sino al Kaiser, cuyo rostro podría sustituir el de Napoleón en los *Infiernos* pintado por Antonio Wiedtz y que las madres belgas habían presenciado tantas veces en Bruselas, bien ajenas de que era un mal presagio...



Miss Justina Johnson, que acaba de obtener, en Norte América, un premio de belleza de 5.000 dólares y ha publicado un libro acerca de la conveniencia de imitar á los animales

José FRANCÉS